

A stylized, high-contrast illustration of a Roman soldier's helmet, shown in profile facing right. The helmet is rendered in shades of red and orange, with a prominent crest on top. The background is a solid, darker red. The title 'LOS IMPERIOS' is overlaid on the helmet in large, white, bold, sans-serif capital letters.

LOS IMPERIOS

Gérard Chaliand



Marzo 2024

Título: Los Imperios

Autor: Gérard Chaliand

Texto original en francés: *Les empires*, publicado en abril 2022, edición especial de la fundación *Identité et démocratie*, Francia.

Traducción al español y aportes : François Soulard, Marcelo Javier de los Reyes.

Prólogo: General Heriberto Auel

Difusión y edición: [Dunia](#).

ÍNDICE

Prólogo.....	4
IMPERIOS DE ORIENTE.....	16
El Imperio Romano de Oriente (Bizancio).....	17
La China histórica.....	31
El Imperio Otomano.....	41
El imperio iraní.....	58
El Imperio Ruso.....	68
IMPERIOS DE OCCIDENTE.....	80
El Imperio de Carlomagno.....	84
El Imperio de Carlos V.....	87
El Imperio Napoleónico.....	94
De la gran expansión colonial hasta las dos terribles guerras mundiales.....	108
La dimensión demográfica.....	111
¿Cuál es la situación actual de la diplomacia y de la defensa de Europa?.....	117
LOS NUEVOS IMPERIOS.....	126
Irán.....	127
Turquía.....	134
La Rusia de Putin.....	144
China.....	152
Los Estados Unidos.....	165
Europa en descenso.....	170

PRÓLOGO

Este prólogo tiene alguna originalidad. No ha sido solicitado por el autor de la publicación, sino por su traductor¹ a quien conocí hace poco tiempo y a quien admiro por la amplitud y profundidad de su pensamiento, fruto sin duda de una muy extensa trashumancia, que una argentina ha anclado en la ciudad de La Plata, hace ya mucho tiempo.

El día en que tuvimos nuestro primer encuentro, François Soulard me regaló un libro -“*¿Por qué Occidente pierde la guerra ?*”- del mismo autor del trabajo que estamos prologando. Si bien no me expresó qué lo motivó al otorgarme el honor de escribir este prólogo, creo que de la lectura del libro-regalo - prologado por François - surge una probable razón.

En la página 67 de “*¿Por qué Occidente pierde la guerra ?*” de Chaliand, se cita a Samuel Huntington y a su best-seller “*El choque de las civilizaciones y la reconfi-*

1 François Soulard.

guración del orden mundial” y François - aprovechado lector de nuestros ensayos - sabe que nuestro Instituto entiende que hay una seria “confusión” en los intelectuales angloparlantes, con el empleo de la palabra “civilización”, cuando en rigor se están refiriendo a la “cultura”.

Huntington titula “*La cultura es la que importa*”, a su obra póstuma, con un subtítulo que concuerda totalmente con nuestra posición: “*La cultura es la que da forma al progreso*”. Este -a su vez- es directa consecuencia de la “civilización” en permanente cambio -muy acelerado en las últimas décadas- siempre que se cuente con el soporte de una sólida y expandida cultura.

Gérard Chaliand -nuestro autor- es un veterano geopolitólogo -y además poeta-. Naturalmente -dada esta última condición, “flexibiliza” sus palabras, pero cuando incursiona en el campo beligeropolemológico -como lo hace- necesariamente debe recurrir a la Estrategia y esta le exige rigor en sus conceptos, recurriendo a la esencia de las cosas. **A la naturaleza de los hechos.**

Si se habla de “valores”, estamos en el campo de la cultura. Si un Imperio coloniza transculturizando, afecta al “ser” del colonizado, **que pierde su identidad.** Si en cambio civiliza -transfiriendo un mayor nivel de desarro-

llo económico y/o científico-tecnológico- rescata al colonizado de su “barbarie” o de su “*atraso civilizatorio*” y le proporciona los beneficios del desarrollo humano y material, para alcanzar un mayor “bienestar” y “comfort”.

No es este un mero juego de palabras y conceptos, sino un **fenómeno sociopolítico** de severas consecuencias, si no se advierte oportunamente. Quien tiene como meta al “bienestar” civilizatorio y relativiza o abandona -“*por confusión o ignorancia*”- a su “cultura”, pierde su identidad -su ser- **su “bienvivir” y con ello su “bienestar”**. El Cte. Supremo en el Pacífico – General MacArthur - luego de la rendición de Hirohito - el 2 de septiembre 1945 - hizo lo contrario y el resultado es el Japón de hoy.

Esta fue - sin duda - una experiencia que no puede ignorar la Europa del “Estado de Bienestar” socialdemócrata y que los argentinos conocemos, pues - en 1817 - nuestro Libertador ya se lo expresaba a los gobernantes de Buenos Aires -cuando le ordenaron regresar al país para intervenir en la guerra civil, luego del triunfo de Cabuco : “*O sois lo que debéis ser, o no seréis nada*”.

Europa es y fue un **concepto cultural**, aún antes de consolidarse como entidad geográfica. Es una identidad, consagrada en el tiempo, cuando se incardinaron y objeti-

varon - en un núcleo identitario que tomó el nombre de “*Occidente Cristiano*” - una comunidad constituida por la espiritualidad cristiana, el “*logos*” griego y el derecho romano.

Cuando algunos de estos componentes flaqueó, se debilitó el “ser” europeo, perdió entidad, presencia, credibilidad y su poder expansivo se hizo **contractivo, egoísta y conflictivo**. Surgieron así sus guerras civiles autodestructivas -que fueron mundiales- la del 1914 al 1918 y del 1939 al 1945, tal como lo habían previsto el General Horatio H. Kitchener (1850/1916), el Capitán Karl Haushofer (1869/1916) y Oswald Spengler (1880/1936).

Probablemente el encuentro de Jürgen Habermas y Joseph Ratzinger fue un hito significativo en la prolongada pérdida de la idea de pertenencia de los europeos. Dicho encuentro, que tuvo lugar en la Academia Católica de Baviera - en Munich - el 19 de enero 2004, señala claramente a un momento culminante de la caída cultural de Europa.

El filósofo y el teólogo expusieron sobre “*las bases morales prepolíticas del Estado liberal*”, en momentos en que el antropocentrismo expandido desde las Universidades alemanas y francesas pos-Segunda Guerra mundial,

arrojaban a Cristo por la ventana. Ambos intelectuales veían la necesidad de superar, desde posiciones totalmente encontradas, el riesgo de la caída hacia la “*intrascendencia soberbia y autosuficiente de los europeos*”. Riesgo que los lleva - inexorablemente - a su destrucción violenta.

Gérard Chaliand - a quien no conozco - carga en su mochila - probablemente - el drama armenio y es naturalmente hombre de su tiempo y de su espacio europeo, en decadencia secular. “*Los Imperios*” llega a mis manos luego de leer su libro “*Por qué Occidente pierde la guerra*”. En ambas obras sobrevuela un agudo espíritu crítico, a veces ecléctico y siempre disconforme, molesto, como quien ha perdido los estribos.

“*Los Imperios*” - desde un punto de vista pedagógico - llena el espacio de una necesaria cosmovisión historicista del poder de los que mandan y se comunican con “los otros”, conformando las diferentes relaciones de los agrupamientos humanos, que se hicieron “internacionales” después de la “Paz Westfaliana” (1648). Las culturas sanas lo hacen con concordia y las débiles provocando la discordia, el conflicto y el atraso.

Europa ha culturizado y civilizado a nuestra América. Su cisma cristiano originó vertientes subculturales diferenciadas, dentro de una misma identidad. El “*cristianismo alemán*” culturizó a la América Anglosajona y el “*cristianismo latino*” lo hizo en Iberoamérica, creando improntas sociológicas marcadamente diferenciadas. En el Centro y Sur de América hubo mestizaje y un nuevo actor: el *criollo*. En el Norte, no lo hubo.

Nuestra Iberoamérica y en particular nuestra Argentina - en este extremo Occidente Sur - ingresó a su independencia como consecuencia de las guerras de las Metrópolis Imperiales Europeas: el ascenso imperial británico y la caída de los herederos de Carlos V, que hace viable la independencia continental. Es el momento de la fugaz presencia francesa revolucionaria - en la transición imperial de Occidente - de singular trascendencia política-cultural.

Gérard Chaliand la describe así: “*Napoleón intenta establecer la hegemonía francesa sobre Europa. Es el intento de un genio irregular (es decir ilegítimo), arrastrado por la Revolución Francesa de la que es en muchos aspectos un heredero. Es también la culminación del poderío francés desde el punto de vista demográfico y militar, que perdura en el continente durante 150 años*

(aunque con un revés en 1763 cuando en el Tratado de París Francia cede la India y Canadá a Inglaterra con considerables pérdidas”.

Estos acontecimientos sociopolíticos - con severas consecuencias geopolíticas - fueron acompañados por una nueva etapa de la civilización - la primera Revolución Industrial - y ambos dan lugar a los procesos revolucionarios y a las ideologías que destruyeron a Europa, desde Europa.

La larga “*guerra civil argentina*” (1810/1880) es consecuencia del choque - en nuestro territorio - de la cultura Augsburgo (1550/1876) desarrollada en la trisecular Proto-Argentina “Tucumanesa” creada desde el Pacífico, frente al nuevo Virreinato del Río de la Plata (primero de agosto 1876) impulsado desde el Atlántico con impronta borbónica.

Chocan “*el antiguo interior*” culto y arribeño, frente a la nueva ciudad-puerto cosmopolita, comercial, civilizada y transculturizada.

Iberoamérica ha somatizado la crisis de identidad europea, que con algún retardo y las improntas de su singularidad alcanzaron en la Argentina mayor profundidad - por

su perfil sociológico - y por ende más graves consecuencias socioeconómicas.

En sus dos grandes guerras civiles autodestructivas los europeos solicitaron el auxilio de América del Norte. Ello dio lugar - en 1942 - al “*Acta del Atlántico*” y esta a la descolonización. En 1945 surgen las “*Repúblicas Imperiales*” como las llamara Raymond Aron: los EE.UU. y la URSS, que dos años después (1947) con la “*Declaración Truman*”, inician la “*Guerra Fría*”, la primera y larga guerra mundial en ambiente nuclear y la décimo segunda de esa categoría en los últimos cinco siglos, según G. Bouthoul.

En 1989/91 implosionó el Imperio Soviético y emerge una situación internacional “licuada” - en términos de S. Bauman - que trae un retorno de la Historia y de la reconsideración de las doctrinas geopolíticas occidentales clásicas, en particular la de Karl Haushofer planteada en su tesis “*El Océano Político*” (1913). Surge - según nuestra visión - una eventual oportunidad para lograr un probable equilibrio de poder entre el Hemisferio Talasocrático con el Telurocrático, para quienes son conscientes de que la inestabilidad - en ambiente nuclear - es altamente riesgo-

sa. Chaliand omite - en su importante libro - comentar esta ausencia europea en la posguerra fría.

En su capítulo “*Los Nuevos Imperios*” ingresa directamente a una inteligente hermenéutica de los aspirantes a hegemonías regionales de algunos componentes de los Hemisferios, dejando de lado a las estructuras culturales que los abarcan y determinan.

La Europa culturalmente débil mira a su ombligo - como lo hacen sus vástagos iberoamericanos - y pierde la noción holística en una singular situación: el despliegue de la primera globalización planetaria, mientras su escandaloso “globalismo” - fruto de íntimos resentimientos - ingresa en alianza estratégica con los remanentes revolucionarios neo-marxistas del castro comunismo, sustentados por el narcoterrorismo.

Desde el renovado espacio de “fractura” imperial, Putin - el nuevo Zar ruso de la Tercera Roma - acompañado por Cirilo - “el Patriarca de Moscú y de todas las Rusias” - interpretando el momento histórico que transita en el 2020, les apostrofa a la dirigencia política occidental:

“Se está librando una batalla espiritual contra Occidente. El mundo se divide en dos: el de los valores tradicionales y el de los valores neoliberales, como ha

ocurrido en el pasado. Mi deber es defender a Rusia de la depravada cultura occidental. Voy a defender los principios que no son exclusivos de ninguna cultura, sino que son derechos humanos universales²”.

Putin conduce el país más extenso del mundo. Desde su límite occidental hasta Los Urales, su identidad es europea. Desde Los Urales hasta el Océano Pacífico, su cultura es asiática. Putin es culturalmente occidental y gobierna con una economía esencialmente asiática y desde un punto de vista estratégico inculpa a Occidente de agredirlo.

Consecuentemente se apoya en el mundo asiático, actualizando al “Plan Primakov”. En el presente año 2023 se realizaron los primeros ejercicios militares combinados - en Rusia - con la intervención de China, India y Rusia. Ello se percibe como una alianza estratégica imperial, por la naturaleza del hecho. La economía o el comercio no son otra cosa que una asociación de intereses. Pero, pareciera que ello es registrado solo por dirigentes que

2 J. G. Cuesta. *“La guerra de Putin contra los valores occidentales: persecución GTBI, clases de amor a la patria y lucha contra la “degeneración”*. El País, 22 de febrero 2023.

“hilan fino” y en el Occidente de los 2000, estos no abundan...

Nuestro autor cierra el libro con un capítulo titulado “*Europa en descenso*”. Rescatamos de él, dos párrafos que nos interesa comentar:

“Europa parece desconcertada y zarandeada por las corrientes opuestas de la competencia mundial entre los Estados Unidos y China, por no hablar de los efectos directos o indirectos de los Estados perturbadores como Rusia y Turquía”.

Compartimos esta dura reflexión de Chaliand y ese “desconcierto” y “zarandeo” que le producen a Europa los Imperios enfrentados por la hegemonía mundial, Estos son consecuencia de su centenario extravío cultural, es decir, su idea de pertenencia turbada. Ocurre lo mismo con la “perturbación” que percibe desde sus “líneas de borde”, con Rusia y Turquía. Y finaliza este capítulo conclusivo con un párrafo desesperanzado:

“Cada Estado europeo, miembro o no de la Unión, intentará, de forma conservadora y quizá agresiva, hacer frente a sus propios problemas. Europa no tiene ni la voluntad de volver a ser una potencia, ni siquiera el deseo de cambiar su estatus. La degradación está en marcha”.

Los iberoamericanos somos sus “hijos” - civilizados y culturizados por la Vieja Europa - y su degradación nos ha alcanzado. Sin embargo - probablemente por nuestra juventud - guardamos la esperanza y la audacia de recuperarnos espiritualmente y volver a SER, lo que debemos SER.

General Heriberto Justo Auel

Presidente del instituto IEEBA

IMPERIOS DE ORIENTE

EL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE (BIZANCIO)

Estratégicamente, los dos imperios más ricos, en términos de lo que se puede aprender para las naciones, son probablemente Bizancio y China. No solo por la duración de estos imperios, sino por la calidad de sus culturas estratégicas. Si China parece beneficiar de una seguridad relativa desde el punto de vista geográfico, salvo en su frontera septentrional, el Imperio Romano de Oriente, en cambio, estaba situado en medio de una importante zona de paso de Asia a Europa. La geografía no protegía a Bizancio. Y, sin embargo, el Imperio bizantino sobrevivió durante mil años a la caída del Imperio romano, un ejemplo único, junto con China, de un imperio que desafió los milenios.



*Escudo ficticio del Imperio bizantino bajo la
dinastía de los Palaiologos*

Nada era dado por sentado. Bizancio nunca dejó de estar amenazada, excepto durante sus dos períodos de expansión, desde el este, el oeste, el norte y el sur. Bizancio nunca disfrutó de una vecindad estratégica pacífica, o benévola, y de largos períodos de paz sin alertas fronterizas. El Imperio bizantino debe su larguísima supervivencia solo a una extraordinaria inteligencia y práctica estratégica, ambas producidas por el constante sentimiento de la amenaza exterior, de la fragilidad de la situación adquirida y de la reversibilidad de todo. ¿Podría ser la ansiedad estratégica el secreto de la supervivencia? ¿Es la paranoia existencial el arma decisiva de los cuerpos políticos que quieren permanecer?

El Imperio bizantino era una potencia terrestre y marítima cuyo principal territorio interior era Anatolia. Su capital era Constantinopla, contando con un puerto admirablemente protegido, reforzado con murallas y, del lado del mar, con cadenas que podían bloquear la navegación.

A diferencia de China, Bizancio nunca gozó de una demografía excepcional, aunque la población de Constantinopla alcanzó unos 250.000 habitantes a principios del siglo V. Por lo tanto, dada la multiplicidad de sus oponen-

tes, tuvo que confiar en algo más que en la fuerza; la fuerza no estaba del lado de Bizancio... y lo sabía. Por eso tuvo que protegerse del exterior, de otra forma que por la magnitud y el poderío de sus ejércitos.

A la muralla inicial de protección construida ya en el año 324, Constantino hizo añadir, menos de un siglo después, una segunda muralla de 9 metros de altura y flanqueada por 96 torres. Entre las dos paredes, colocó una vasta zona de campos cultivables y cisternas para que la ciudad pudiera resistir asedios prolongados. Bizancio estaba equipada para resistir a los asedios. Su cultura defensiva era probablemente también el resultado de su poder espiritual. Tres de los grandes centros cristianos, aparte de Roma, Alejandría, Antioquia y Jerusalén, junto con Constantinopla, constituían el corazón del Imperio bizantino en la época de los grandes concilios ecuménicos que fijaron los dogmas fundadores de la religión cristiana. Siguieron siendo la base de la Iglesia Católica Romana hasta 1054, fecha del cisma entre Oriente y Occidente. Bizancio era un importante foco de fuerza espiritual.

Mientras el Irán sasánida desaparece ante la avalancha musulmana del siglo VII, el Imperio bizantino, que pierde Egipto y el Levante, se encierra en el Tauro que co-

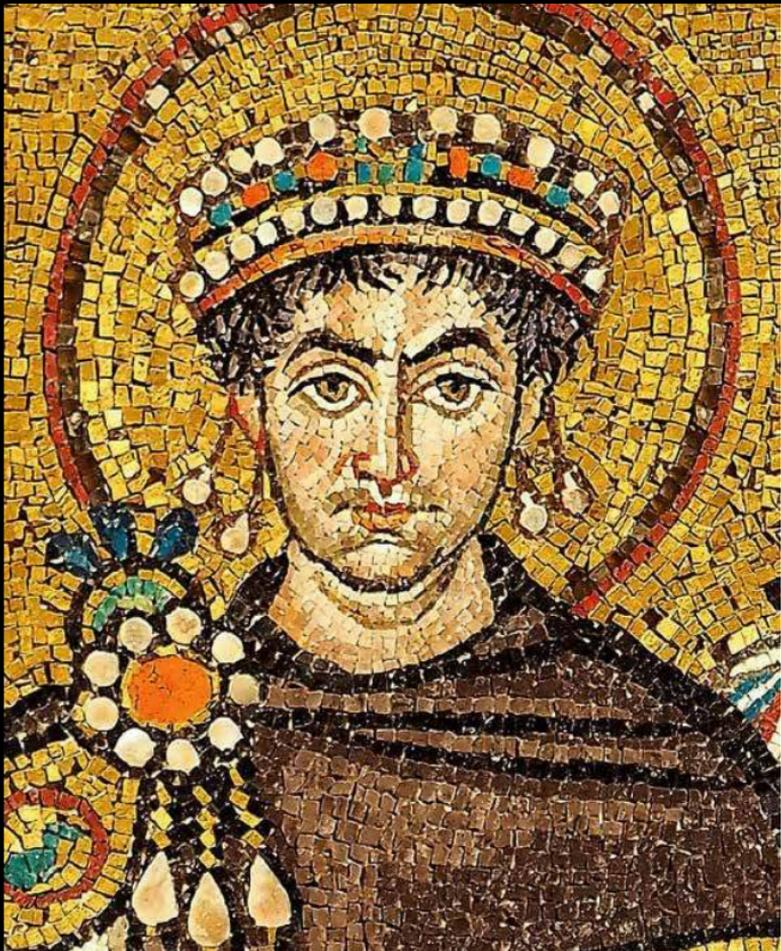
manda las puertas de Sicilia. El sistema de “temas” se crea para que las tropas locales puedan aguantar el tiempo suficiente en pos de recibir los refuerzos capaces de repelar al atacante.

El Imperio también es capaz de resistir a los asedios árabes en el mar, gracias sobre todo al fuego griego. El segundo asedio a Constantinopla dura 13 meses (717-718). Hasta el siglo XIII, la flota bizantina sigue teniendo una importancia decisiva tanto para asegurar la defensa de los puertos como para proteger el comercio dentro del Imperio, el cual se realiza en gran parte por mar.

Amenazado en el oeste por los Búlgaros, en el noreste por los nómadas Ávaros, luego por la Rus y después por Kiptchak, el Imperio resiste porque sabe negociar, planificar, dividir y comprar. El frente oriental (Armenia) es importante porque de allí surgieron las invasiones más impetuosas: Varegues, Petchenegues, Turcos. Además, la literatura estratégica bizantina es sin duda la más original e innovadora, tanto en la Antigüedad como en la Alta Edad Media. Se destaca el *Strategikon* atribuido al emperador Mauricio, una obra maestra sin parangón en la época, y la *Taktika*, atribuida al emperador León VI (siglo X). Por no hablar de otros buenos autores: Polyen, Ona-

sander, Nicéforo Phokas, Kekaumenos, que adornan su historia.

En definitiva, ¿qué nos dicen los manuales estratégicos bizantinos y sus prácticas a lo largo de los siglos? Los hallazgos varían. El Imperio es relativamente poderoso, a veces totalmente poderoso como bajo Justiniano (siglo VII) o Basilio II (siglo X), a veces mucho menos. Pero lo que se desprende de los manuales estratégicos es la conciencia de su vulnerabilidad. Bizancio no tiene una fuerza ilimitada. El Imperio nunca es el más fuerte. Lo sabe y lo acepta como un hecho básico de su estrategia. Nunca ha tenido la sensación, como los Estados Unidos por ejemplo, de ser tan poderoso para se vuelva inútil conocer la cultura estratégica de un adversario al que se desprecia o ignora.



*Justiniano el Grande,
emperador del Imperio romano de Oriente*

Por el contrario, para los Bizantinos es importante conocer cómo lucha el adversario, sus puntos fuertes y débiles, en definitiva, ser capaces de captar su cultura estratégica para adaptarse al tipo de respuesta que requiere ese adversario concreto. Uno de los puntos fuertes de Bizancio - casi único en la literatura estratégica de cualquier sociedad - es una etnografía militar de los distintos adversarios (Libro XI del *Strategikon*): “¿Cómo luchan los nómadas? ¿Cómo luchan los Rus? ¿Los turcos? ¿Qué hacen los grupos de Europa? ¿Cómo frenar a unos y otros? Estas preguntas son siempre válidas y rara vez se plantean hasta que el adversario resulte ser más duro de lo esperado.

En la raíz de esta reflexión está el hecho explícito de que no existe la “victoria decisiva”, como pensaban y buscaban los romanos o Napoleón. A cada victoria, dada la multiplicidad de adversarios (el Imperio sasánida, los empujes nómadas, los asaltos de los montañeses), le sigue un nuevo desafío. No tiene fin, por lo que es necesario ahorrar fuerzas, estar al acecho, utilizar la inteligencia, la subversión, las alianzas inversas y, por supuesto, contar con tropas magníficamente entrenadas, disciplinadas, con espíritu de cuerpo y con voluntad de ganar. Se trata de ahorrar recursos utilizando lo menos

posible el combate frontal siempre que se pudiera dividir, desmoralizar o sorprender al adversario. Bizancio inventó la estrategia de “los débiles a los fuertes”, y la llevó a cabo magníficamente durante siglos. ¿Es pertinente decir hoy que la cultura estratégica bizantina se aproxima con la de Israel, con una fuerza basada en la conciencia de sus propias debilidades?

En el mar, es lo mismo. Se trata de llegar primero antes de que todos los medios del adversario hayan podido reunirse. Desde el punto de vista estratégico, la dimensión marítima del Imperio no puede ser subestimada. Es de importancia primordial para la supervivencia. El fuego griego, cuya característica es que no se apaga con el contacto con el agua, desempeñará un papel importante en las victorias navales de la flota bizantina (aunque la técnica no sólo es conocida por los bizantinos).

León VI en la *Taktika* brinda todo un desarrollo sobre las operaciones navales y la guerra. Por su parte, el emperador Nicéforo Focas escribe un tratado muy interesante sobre la guerra de guerrillas, muy útil para sostener las puertas de Sicilia que cerraban el centro de Anatolia y que los árabes rara vez pudieron franquear.

La cultura estratégica de Bizancio no es rígida. Exige adaptación, cambio y rápida transformación en contacto con el adversario principal. El Imperio bizantino demuestra una notable capacidad de adaptación y, con el paso del tiempo, conserva una relevante superioridad en el campo informacional. A menudo, logra neutralizar a sus adversarios haciéndoles luchar entre sí o mediante matrimonios destinados a sellar alianzas circunstanciales. Se compran los que están dispuestos a venderse y se fomenta la traición de aquellos cuyas tropas heterogéneas no tienen otro interés que él de agarrar el botín.

En resumen, la batalla sin cuartel es muy rara. A los derrotados siempre se les da una salida para no empujarlos a una lucha a muerte. Se trata de una estrategia oblicua, basada en la economía y la inteligencia, destinada a ahorrar fuerzas para durar. Mil años de supervivencia en una zona muy conflictiva ilustran las cualidades de esta estrategia y sus probadas virtudes.



Basilio II, emperador bizantino principal desde 976 hasta 1025

La historia del Imperio Romano de Oriente en diez fechas claves

- 395 División del Imperio Romano en dos entidades. Constantinopla se convierte en la capital.
- 476 Caída del Imperio Romano de Occidente.
- 527-565 Justiniano reconstruye casi por completo, pero brevemente, una casi circunvalación del Mediterráneo en torno a lo que se conoce como la primera expansión. El principal adversario en este momento es el Irán sasánida.
- 642-718 Un grave revés, debido a la expansión árabe, priva al Imperio Romano de Oriente de Egipto y del Levante (el Irán sasánida desaparece).
- 945-1025 Segundo periodo de expansión dirigido por destacados emperadores, entre ellos Basilio II (945-1025).
- 1071-1176 Se pierde Anatolia ante los Turcos selyúcidas.

- 1204 La Cuarta Cruzada para rescatar Jerusalén es secuestrada por su rival comercial y religioso, Venecia, lo que provoca el saqueo de Constantinopla. Lo que queda del Imperio se refugia en los alrededores de Trebisonda.
- 1258 Los Bizantinos recuperan el poder en Constantinopla.
- 1389 Los Otomanos en los Balcanes marcan la agonía de Bizancio (Kosovo, 1389) mientras las últimas cruzadas fracasan. Constantinopla disfruta de un respiro ante la incursión de Tamerlán (1402).
- 1453 Caída de Constantinopla.
Esta pérdida irreparable para el mundo cristiano y para Europa fue afortunadamente compensada por el inicio de la expansión marítima portuguesa, seguida por España, Holanda, Francia y Gran Bretaña.



Incluso antes de la unificación lograda por el primer emperador Qin Shi Huangdi, las oleadas de nómadas en los márgenes del Imperio Imperio son duras. Los chinos sedentarios trataron de contenerlas mediante alianzas y matrimonios, y a veces cuando las condiciones lo permitían, mediante contraataques.

LA CHINA HISTÓRICA

Si el tamaño y la trayectoria recientes de China la sitúan en el centro de los interrogantes y temores estadounidenses y occidentales, su historia ofrece elementos de apreciación para evaluar situaciones contrastadas. En comparación con otras civilizaciones fundadas estrechamente en una interpretación religiosa indivisa (judaísmo, cristianismo, islam, los tres grandes monoteísmos occidentales), China parece secular, tolerante y muy poco metafísica. De hecho, durante la mayor parte de su historia, el taoísmo, el confucianismo y el budismo coexistieron en China sin ningún choque notable. Sólo el legismo³ aparece bajo los Han como “totalitario”, a la manera del régimen de la época actual. Pero China no conoció una religión dominante, semejante a los monoteísmos, con inmensas consecuencias políticas. El “cujus regio, ejus religio” está totalmente ausente del Imperio

- 3 El *legalismo* o *legismo* fue una escuela filosófica china que se centraba en la filosofía política, las leyes, la *realpolitik* y la gestión burocrática.

chino que nunca experimentó guerras en nombre de la religión.

Entre todos los imperios, China se destaca por su duración, su radiación cultural y su capacidad permanente de absorber invasores, basada en su superioridad demográfica. Todo en el Reino del Medio parece disolverse en su masa humana, que no tiene equivalente en el mundo. Las claves de la continuidad del Imperio son los funcionarios, que disponen de un gran poder y son a la vez los guardianes del pensamiento tradicional y los gestores del Imperio. Son los garantes de un poder civilizatorio que se extiende mucho más allá de los límites del Imperio y que está simbolizado por la institución del mandarinato.

Los otros grupos sociales son los campesinos, la base económica del país, sin ningún poder político (salvo durante episódicas pero temidas sublevaciones). Los comerciantes y los artesanos son actores económicos, pero no poseen poder político. La legitimidad del Emperador resulta difícil de entender. El “mandato del cielo”, del que está investido el Emperador, puede perderse por incompetencia a la hora de garantizar un orden basado en una

cierta armonía social, ecológica o económica, y no en consideraciones estratégicas o bélicas. Al igual que en el antiguo Egipto, las lluvias y el régimen hídrico definían el prestigio del régimen, más que las conquistas externas. El buen Emperador es el que ve a las lluvias regulares y las inundaciones en el momento adecuado para el cultivo del arroz y la tierra fértil, lo cual se expresa en el “mandato del cielo”. Además, salvo bajo los Han y los Tang, China estaba más a la defensiva que a la ofensiva, excepto al principio de la dinastía Ming. China no ha sido conquistadora, salvo en raras excepciones, dictadas más por la necesidad que por la voluntad de imponer su voluntad a los demás. En algunos aspectos, el Imperio Chino es la primera potencia ecológica, cuyo mandato político proviene en gran parte de la legitimidad del estado del entorno natural que proporciona (o no) abundantes cosechas a su pueblo, y que no pretende expandirse más allá de su territorio natural y étnico.

Precedida por dinastías legendarias, China, en tanto imperio como tal, aparece hace más de tres milenios en torno al río Amarillo y se expandió gradualmente hacia el sur, hasta el mar de la China Meridional, y luego hacia el oeste. Protegida al este por el Pacífico (los piratas japoneses sólo se volvieron peligrosos en el siglo XVI), al su-

roeste por la barrera del Himalaya y la meseta tibetana (los tibetanos sólo fueron ofensivos entre los siglos VII y X), China durante más de dos milenios era vulnerable sólo desde el norte. La amenaza externa sólo era encarnada por los nómadas de la estepa. El peligro, incluso antes de la formación del Estado chino unificado que siguió a los pequeños reinos chinos del llamado periodo Primavera-Otoños (722-481) y los Reinos guerreros (desde el 403 a.C.), procede de oleadas de arqueros nómadas a caballo de diversas denominaciones.

En efecto, incluso antes de la unificación lograda por el primer emperador Qin Shi Huangdi, el peso de las oleadas nómadas en las fronteras del Imperio es duro. Los chinos sedentarios tratan de contenerlas mediante alianzas inversas, matrimonios y, a veces, cuando las condiciones lo permiten, mediante contraataques. Cuando no lo consiguen, los elementos nómadas ocupan la parte norte del país. Pero, y este hecho es crucial, una vez asentados, los nómadas adoptan la cultura china y pronto son absorbidos demográficamente. La China Han absorbe a sus conquistadores. Una vez sedentarizados por completo, son presa de una nueva oleada de nómadas que, a su vez, serán aculturados y absorbidos por la masa china.

Cuando una dinastía es poderosa, China pasa al contraataque y su expansión se produce hacia el sur o el oeste y, sobre todo, en el norte hacia la Asia esteparia. La actual frontera septentrional a lo largo del río Amur, al norte de Harbin, no es más que una versión temporal de la frontera con Rusia, desplazada hacia el sur en detrimento de China, que parece reclamar los territorios perdidos a través de su demografía.

Dentro del Imperio, las tensiones pueden desembocar en una guerra civil, que es la verdadera cuestión estratégica, mantener la unidad interna. El confucianismo y el taoísmo son presentes incluso antes de la unificación del país. Luego, con la unificación, apareció el legismo muy autoritario. Los grandes valores de la cultura china ya están presentes: la escritura, la caligrafía, la organización administrativa (la meritocracia del mandarinato) y los estrategias (Sun Zi, Sun Bin). Son los cimientos del Estado unificado que, con el tiempo, nunca se destruirá. También son los cimientos de una civilización que se extenderá más allá de las fronteras del Imperio.

A lo largo de los siglos, el principal peligro sigue siendo el mismo, el que viene de las estepas y cuyo mundo se extiende desde la Manchuria hasta el Mar Negro y llegará

hasta la puszta húngara, su último avance hacia el corazón de Europa. El centro de gravedad de esta zona se encuentra entre Mongolia y el lago Baikal. Cuando no están en conflicto, las relaciones entre los pueblos sedentarios y nómadas se basan en la diplomacia y los intercambios. Los chinos intentan neutralizar a estos últimos mediante matrimonios entre princesas chinas y líderes tribales. Las estaciones y las cosechas dictan el ritmo de los enfrentamientos. Las incursiones nómadas se producen al final del verano, después de que los caballos hayan podido pastar adecuadamente. En cambio, los contraataques chinos tienen lugar a principios de la primavera, cuando los caballos de los nómadas están en malas condiciones tras el invierno.

La geografía y las protecciones que ésta ofrece (o no) dictan gran parte de la expansión china. En el sur, los chinos fueron extendiendo su dominio hacia el mar y hacia Tonkín, zona ocupada durante casi mil años. En el norte, en cambio, se trataba de una cuestión de separación. Ese será el papel de la Gran Muralla. La Gran Muralla se construyó muy pronto para proteger a la región vital de Ordos⁴ de las incursiones nómadas. El río Amarillo hace

4 Región hoy al suroeste de la región autónoma de la Mongolia interior en la República Popular China.

un bucle muy amplio subiendo hacia el norte. Este bucle estratégico, llamado Ordos, debe ser mantenido por los chinos para que el norte de China no se vuelva muy vulnerable. Para estar seguros, los chinos deben controlar los oasis y la cuenca del Tarim, así como las rutas de la seda. Una vez fijados estos objetivos, los nómadas son expulsados a regiones inhóspitas. Bajo la gran dinastía Han, los chinos se apoderaron de parte de Corea (108 a.C.) y del sur de Manchuria. Para acceder a Asia Central, los chinos deben asegurarse el control del corredor esencial de Quanzhou. Esto les permite llegar a Ferghana, Kushan y Bactria (donde pudieron obtener caballos de calidad). Fue allí, en el año 751, en el actual Kazajstán, donde el avance de los ejércitos chinos fue detenido por la expansión musulmana. Fue también a través de este corredor que China tuvo una vez contacto con el Imperio Romano.

Las grandes dinastías chinas del Imperio son la Han (206-220), la Tang (618-907), la Song (960-1278) y la Ming (1368-1644). China fue conquistada por completo dos veces: por los mongoles (dinastía Yuan 1279-1367) y por los manchúes (dinastía Qing 1644-1911).

Al igual que las bandas nómadas que se habían asentado en el Imperio antes que ellos, estos conquistadores en

cierta medida adoptan prácticas y costumbres chinas, en el sentido en que abrazan el expansionismo geopolítico de la propia China. La inmensa China conquista a sus vencedores. Los convierte en chinos. Son los Manchúes por ejemplo, quienes a mediados del siglo XVIII acaban con la amenaza nómada, al mismo tiempo que hacen alcanzar su mayor extensión al Imperio chino, la que tiene hoy. Los Manchúes son los únicos conquistadores que resisten a la sinicización demográfica prohibiendo el matrimonio con mujeres chinas y asegurando una estricta separación étnica. Es bajo los Tang, probablemente la más grande de las dinastías chinas, que ellos llegan a Herat y Samarcanda. Construyen el canal entre el río Amariello y el Yang Zu. Este es un periodo en el que la introducción y la difusión del budismo son constantes. Es también bajo los Tang que la influencia china llega a Japón, a través de Corea. Alrededor del año 1000, China habría alcanzado unos cien millones de habitantes. En el siglo XII, China adelanta claramente a Europa con la invención de la imprenta, la pólvora y la brújula. El territorio es pacificado y los comerciantes fueron protegidos en condiciones muy superiores a las de Europa, lo cual inspiró la administración de Marco Polo (alrededor de 1260). Bajo los Ming, en una época en la que los portu-

gueses apenas habían pasado por Madeira, siete grandes expediciones marítimas chinas (1405-1433) dirigidas por el almirante eunuco Zheng He, llegaron a África oriental. A diferencia de las expediciones occidentales, el propósito de este viaje no era saquear, conquistar o traer esclavos. Por el contrario, el Emperador envió regalos a los pueblos lejanos de las costas árabes y africanas, para hacerles sentir su esplendor y su magnificencia. Y lo máspreciado que sacó el Imperio, objeto de muchos cuadros y curiosos poemas, fue... una jirafa, que despertó la admiración imperial y ocupó su lugar en el bestiario fantástico chino.

Posteriormente, a partir de mediados de siglo, la piratería japonesa obligó China a encerrarse. El repliegue territorial de China, tras las extraordinarias exploraciones marítimas del siglo XV que hacían que cada país visitado fuera “dependiente” del Imperio del Medio, sin ningún objetivo de conquista o colonización, es la consecuencia de la embestida de los piratas japoneses que obligaron a la dinastía a trasladar las poblaciones chinas costeras al interior. Durante varios siglos, alrededor de 1430 y la destrucción de la flota del almirante Zeng He seguido de la prohibición de todo viaje por mar bajo pena de muerte, China da la espalda al mar. Este es un punto de inflexión

mayor, que explica gran parte de la historia de China en los siglos siguientes. Los Ming piden entonces ayuda a los manchúes que tomaron el poder.

Hacía mucho tiempo que la diáspora china, especialmente en el sudeste asiático, desempeñaba un importante papel comercial. Por otra parte, la radiación del Imperio Chino era también demográfica. China exporta una parte de su población, extrae de ella beneficios comerciales, flujos de información y un conocimiento del mundo que hoy se suele subestimar.

EL IMPERIO OTOMANO

Más que su duración, es su expansión extraordinariamente rápida que amerita la observación estratégica del Imperio Otomano, del que la Turquía de Erdoğan se proclama heredera. El dinamismo del Islam conquistador tiene pocos ejemplos en la historia y ha dejado duraderamente su huella en los pueblos que le fueron sometidos, desde el norte de África hasta España y desde los Balcanes hasta Asia Central.



Mehmet II (1451-1481) erigió la fortaleza de Roumeli-Hissar (1452) en el Bósforo y sitió a Constantinopla. Al cabo de 54 días, los cañones triunfaron sobre las centenarias murallas de la ciudad y el emperador bizantino murió con las armas en las manos.

Aparte del principio dinástico en el que el liderazgo del Imperio está reservado a la Casa de Osman, los otomanos son sunitas. Además, ostentan el califato después de principios del siglo XVI (hasta 1924). A partir de 1514, fueron ellos los que lucharon contra el chiismo de la dinastía safávida, en Irán y fuera de él, un conflicto que sigue vigente y se renueva constantemente. En realidad, el periodo más próspero del Islam fue el de los abasíes (que terminó en 1258 con la caída de Bagdad, destruida por los mongoles) en el que la influencia de los iraníes fue fundamental. Al principio, los otomanos se preocuparon por las conquistas ya que las campañas anuales del siglo XV al XVIII eran un medio de acumulación que se agotó a finales del siglo XVIII.

Los grandes viajeros musulmanes (especialmente árabes y persas) se beneficiaron de la primera globalización cuyo epicentro fue el Océano Índico. Los primeros grandes viajeros cristianos no eran comerciantes, sino sacerdotes (eruditos) que querían informar al cristianismo sobre el Otro, su fuerza, sus objetivos, sus técnicas (Jean de Plan Carpin, Guillaume de Ruybrook). En cuanto a Ibn Jaldún, contemporáneo de Tamerlán, es un brillante magrebí que, en el siglo XIV, inventó la sociología política.

El Islam sunita (a diferencia del chiíta) no tiene clero. Irán no habría podido mantenerse unido desde 1979 sin la cohesión de su clero. Del mismo modo, al menos hasta el cisma protestante, la Iglesia católica, desde 1054 hasta principios del siglo XVI, consiguió marginalizar a todas las Iglesias de Oriente, a excepción de Constantinopla (nestorianos, armenios y otros “monofisitas”, asirio-caldeos, etíopes (Abisinia), etc.).

Hoy en día, el Islam está, como de costumbre, en competencia con sus diferentes familias: competencia entre sunítas y chiítas, pero también entre sunitas inspirados por los Hermanos Musulmanes (Turquía, Qatar, etc.) y sunitas inflamados por Arabia Saudita, etc.

El Imperio Otomano nació de una modesta tribu de habla turca expulsada de Asia Central por el avance relámpago de los mongoles a principios del siglo XIII. Los osmanlíes (de la familia Osman) se hicieron con un principado bajo la soberanía de los selyúcidas (la primera oleada de pueblos de habla turca procedentes de la Alta Asia que se asentaron en Oriente Próximo en la primera parte del siglo XI). El principado osmanlí colindaba con las posesiones bizantinas en Anatolia occidental, no muy lejos de Constantinopla. A diferencia de los estados mu-

sulmanes, el Imperio Otomano se fundó sobre un principio dinástico ajeno al Islam: la lealtad a la familia Osman. El principado otomano estaba lejos de ser el más poderoso de Anatolia, pero estaba admirablemente situado frente a la capital, Constantinopla.

Los osmaníes adquieren importancia geopolítica cuando, a petición de los bizantinos, cruzan los Dardanelos, invaden Galípoli (1352) y de pronto toman Andrinópolis (Edirne) como capital en 1361. Los otomanos, que originalmente entraron en Tracia como aliados de los bizantinos para una incursión circunstancial, se establecen de forma permanente en los Balcanes y ahora representan una amenaza latente. Pronto, aprovechando su ventaja, los otomanos avanzaron hacia los Balcanes. Sofía es tomada (1385), y la coalición cristiana, dirigida por un gobernante serbio, es duramente derrotada en Kosovo (1389). La mayor parte del sur del Danubio es capturada.

Los otomanos, para no depender de la frecuente insubordinación de algunos combatientes musulmanes, crearon un sistema destinado a subordinarse fielmente a ellos: la *devchirme*, un reclutamiento obligatorio de niños cristianos de entre 12 y 20 años, islamizados y esclavizados, destinados a convertirse en una infantería de élite: los je-

nizaros. Sólo deben lealtad al sultán y deben permanecer célibes, al menos esa es la regla durante los dos primeros siglos. Estos son no musulmanes que darán al Imperio Otomano sus mejores tropas, y constituirán de hecho un elemento de su supervivencia.

El sultán Bayazid pronto domina los Balcanes hasta el Danubio. A ambos lados de los Dardanelos, impone un estado centralizado. En 1396 en Nicópolis, derrota a un ejército de cruzados. En Anatolia, elimina el último de los grandes principados rivales, los karamánidas. Pronto inicia un bloqueo de Constantinopla que sólo se salva por la incursión de Tamerlán que, con su genio característico, aplastó a los otomanos en 1402, dando así un inesperado respiro a Constantinopla. Esto permite que los principados musulmanes recientemente derrotados resurgieran mientras los dos hijos de Bayazid luchan por el poder. Constantinopla apoya al más débil de los contrincantes.

Esta disputa sucesoria dura dos décadas y termina con la victoria del que no es el candidato de Constantinopla, Murad II (1423). En Anatolia, la situación es estable, pero el nuevo sultán tiene que dirigirse a los Balcanes donde el poder húngaro que defiende la cristiandad parece amenazante. De hecho, el húngaro Jan Hunyadi obtiene

dos victorias, una de ellas al sur del Danubio. En aquella época, Hungría es el baluarte de la cristiandad. Pero un último intento cruzado apoyado por el Papa es derrotado en Varna (1444) y la retirada de los ejércitos cristianos sella el destino de Constantinopla. Mientras tanto, Murad II crea un gran cuerpo de cañoneros.

Mehmet II (1451-1481) levanta la fortaleza de Roumeli-Hissar (1452) en el Bósforo y sitia Constantinopla. Después de 54 días, el cañón triunfa sobre las centenarias murallas de la ciudad y el emperador bizantino muere con las armas en la mano. El Papa, consternado, declara: “El cristianismo acaba de perder uno de sus dos ojos” (carta a Nicolás de Cues). El Imperio Otomano destruyó el Imperio Cristiano de Oriente.

Se establece la soberanía otomana sobre el Mar Negro, pero los otomanos fracasan dos veces frente a Belgrado debido a las intervenciones húngaras. Venecia, por su parte, alienta la resistencia del cristiano Scanderbeg en Albania y sigue siendo dueña de los mares del Mediterráneo. Entonces, Venecia se alia con el principal rival de los otomanos en Anatolia oriental, los Aq Qoyunlu, que reinan al oeste de Irán. Los dos poderosos ejércitos se enfrentan en el Éufrates (1473) y, gracias a su artillería, los

otomanos triunfan. Venecia es expulsada de Morea y Albania, al igual que los húngaros en Bosnia. Sobre todo, los otomanos se convierten en los gobernantes del Janato de Crimea (1475). El Mar Negro se vuelve un lago otomano durante tres siglos, hecho que no olvida la Turquía actual. El hijo de Bayazid, Selim, representante de la ortodoxia sunita, derrota a los safávidas chiítas iraníes en 1514 en Chaldiran y se apodera de un Irak de mayoría chiíta, abriendo así una larga historia de enemistad. Después, Selim consigue derrotar a los mamelucos en Siria y Egipto, de nuevo gracias a la superioridad de su artillería, decisiva en el campo de batalla (1517).

El Imperio Otomano se convierte en el protector del mundo musulmán sunita y Constantinopla se vuelve la sede del Califato (hasta 1924).

El Imperio Otomano ocupa la zona del Imperio Romano de Oriente bajo el mandato de Justiniano y, al igual que Bizancio, está bloqueado al este por las dinastías que controlan la meseta iraní. Este es un fenómeno perenne a lo largo de la historia.

Bajo el mandato de Solimán el Magnífico (1520-1566), el Imperio Otomano es una formidable potencia que pronto alcanza su máximo esplendor y en la que los

jenízaros desempeñan un papel importante. El hecho de que los feudos ganados por los valientes luchadores no fueran hereditarios durante la construcción del Imperio contribuye tanto a la vitalidad como a la fragilidad del mismo. Cada vez, es necesario volver a ganar. Con el tiempo, este fenómeno desaparece. Los otomanos se alían con Francisco I contra Carlos V de forma circunstancial, y finalmente los otomanos apoyan a los protestantes. Se nota que las enemistades religiosas ceden ahora a los intereses del Estado, según un realismo que Richelieu expresa en su Testamento (1632). Solimán toma Belgrado (1520), derrota a los húngaros (1526) y ocupa Buda. Parte de Hungría se convierte en una provincia otomana. El Imperio continúa empujando hacia el oeste. Sin embargo, en 1529, el asedio de Viena fracasa. El lento declive comenzará a partir de finales del siglo XVI. Mientras tanto, Carlos V, cuyo rival es Francia, se acerca a los safávidas chiítas de Irán para tener un aliado de apoyo contra los otomanos.

Sin embargo, Solimán es victorioso contra Irán y Azerbaiyán cae bajo el dominio otomano (1534-1535). Aprovechando que los otomanos están en campaña en Europa, los persas contraatacan. Un tratado establece la frontera entre los dos estados más o menos tal como la conocemos

hoy. Bagdad sigue en manos otomanas y durante dos siglos la rivalidad entre los dos imperios musulmanes, marcados por conflictos, es permanente. El Imperio Otomano vive en gran medida del botín de las conquistas anuales al norte del Danubio. Cada año se lleva a cabo una ofensiva, generalmente victoriosa, que llena las arcas del Estado y aumenta el prestigio del Imperio.

La dimensión marítima del Imperio Otomano es también muy importante. La marina otomana está presente en el océano Índico durante el siglo XVI. El almirante Peri Reis se apodera de Mascate, Basora y Adén.

A lo largo de África Oriental, desde Mogadiscio (Somalia) hasta Kilwa (Mozambique), el Imperio Otomano es temido y se dedica, entre otras cosas, al tráfico de esclavos, incensante desde la Edad Media hasta principios del siglo XX - inclusive después... El Mar Rojo y el Golfo Pérsico son disputados por los portugueses, el Mediterráneo por Venecia y España. Una vez que los otomanos se adueñan de Egipto, se apoderan de Trípoli, Túnez y Argel a mediados del siglo XVI. Una coalición cristiana consigue una efímera victoria en Lepanto (1571).

Hasta 1580, el Imperio Otomano vivía como una empresa militar cuyo crecimiento dependía de la expansión

anual. Ésta alcanza su cenit a finales del siglo XVI, mientras que la guerra constante en dos frentes es costosa. En el frente oriental, ni los otomanos ni los sefevíes hicieron ningún avance después de principios del siglo XVI. En el frente noroeste sin embargo, los ejércitos otomanos invaden parte de Polonia. Un segundo asedio a Viena (1683) fracasa y marca el inicio de la retirada del Imperio Otomano en el mar, donde el Océano Índico estaba cada vez más controlado por los europeos, y pronto en tierra.

En efecto, a finales del siglo XVIII aparece un nuevo adversario: los rusos, quienes se dirigían hacia el Mar Negro, amenazan Crimea donde se encuentran los fieles aliados de los otomanos, los tártaros (vestigio de la expansión mongola de los siglos XIII y XIV). Los otomanos se enfrentan a Irán, a la Rusia moscovita y al Imperio Habsburgo.

En los últimos quince años del siglo XVII, la retirada otomana es manifiesto. Se pierden Buda y Belgrado. Pedro el Grande aumenta el empuje ruso, apoderándose de Azov y debilitando el Janato de Crimea que lucha por sobrevivir y finalmente desaparece en 1783. El Mar Negro deja de ser un lago otomano. El reflujo se ve confirmado

por el Tratado de Karlowitz (1699) y no se detendrá hasta el otoño.

El Imperio Otomano se resiste en comprobar su declive. Algunas reformas sólo están emprendidas un siglo después. Las rivalidades europeas contribuyen a prolongar su existencia. Desde la guerra de Crimea (1854), Inglaterra y Francia están enfrentadas a Rusia, a la que impiden acceder al Mediterráneo. Los intentos de reforma otomana (Tanzimat) fracasan. A partir de 1870, el Imperio Otomano, sacudido en Bulgaria por los rusos, es moribundo y sólo sobrevive porque Gran Bretaña prefiere un Imperio Otomano debilitado a una Rusia que controlaría el estrecho de los Dardanelos y permitiría su presencia en el Mediterráneo.

A principios del siglo XX, el Imperio se desintegra. Libia se vuelve italiana (1911), el aliado albanés deja de cooperar y se independiza (1913). Mientras tanto, los Jóvenes Turcos en 1908 proclaman la igualdad de todos los súbditos del Imperio. Esta clemencia no dura mucho ya que los panturquistas que toman el poder quieren unir a los pueblos de habla turca excluyendo a todos los demás.

Cuando estalla la Primera Guerra Mundial, el Imperio Otomano se pone del lado de Alemania y Austria-Hungría en contra de Inglaterra, Francia y Rusia (donde están prácticamente todos los turcoparlantes). La guerra es una oportunidad para deshacerse de los armenios (al menos un millón de víctimas), así como de otras minorías cristianas y de los griegos del Ponto. Al final de la guerra, el Imperio pierde todas sus posesiones en Medio Oriente.

Sin embargo, con la ayuda de los bolcheviques, Mustafá Kemal consigue evitar el desastre del Tratado de Sevres (1920) creando un Estado-nación basado en el modelo europeo. La secularización de Turquía es brutal. El califato es abolido en 1924. La modernización está en marcha pero será desafiada a principios del siglo siguiente por un retorno religioso, apreciado en el campo y en ciertos sectores urbanos.

La Turquía del siglo XXI reclama un lugar en Asia Central y en el Mediterráneo Oriental, es decir un lugar basado en su patrimonio territorial y religioso. Prueba de ello son los proyectos de civilización como el complejo universitario de enseñanza e investigación de Ankara que pretende competir con la Universidad Al Azhar de El Cairo, o el aeropuerto de Estambul, con la multiplicación de

salas de exposiciones dedicadas a corregir la imagen del Imperio Otomano y a reivindicar un lugar pionero en la exploración geográfica (Ibn Battuta), la geometría (Omar Khayyam), la astrometría (Al Biruni) y la medicina (Avicena). Así lo demuestran las numerosas acciones cívico-militares de influencia turca, desde el Sahel hasta Irak y desde Azerbaiyán hasta China.



Bajo Solimán el Magnífico (1520-1566), el Imperio Otomano es una formidable potencia que pronto alcanza su apogeo y en la que los jenízaros desempeñan un papel importante.

EL IMPERIO IRANÍ

Irán ha sido acertadamente bautizado como el “Reino del Medio” por René Grousset, el verdadero Reino del Medio de Asia. Irán ha desempeñado un papel importante a lo largo de los últimos tres milenios. La corriente religiosa originaria de Zathustra, el mazdaísmo o yezidismo, sigue teniendo una profunda influencia en Oriente Medio, incluso en las religiones del Libro. La civilización persa se extendió hasta Asia Central y los países árabes. En el primer milenio a.C., los aqueménidas formaron el mayor imperio de la antigüedad, y no fue tan efímero como el de Alejandro, que logró destruirlo en el siglo XIV pero asimiló gran parte de él.



Sólo el Sha Mohamed Reza Pahlavi optó, hasta 1979, por un reinado en el que lo religioso no desempeñara un papel central, ya que se refirió a los orígenes arios de Irán en un vano intento de secularización.

La meseta iraní quedó pronto en manos de los Partos, un pueblo de jinetes procedentes de Asia Central al cual se enfrentó sin éxito el poder romano. Luego, la meseta iraní fue dominada por la dinastía sasánida (desde el 226 a.C.) de los mazdeos, que se hizo con el control de Mesopotamia y el Levante (la actual Siria). El Imperio Romano de Oriente, más conocido como el Imperio Bizantino que dominaba el Levante, Egipto y los Balcanes, nunca pudo repelar el poderío iraní. De hecho, ambos imperios se agotaron mutuamente a principios del siglo VII en una larga lucha que benefició a la repentina expansión musulmana. Los dos enemigos enfrentados no vieron la nueva fuerza que los iba a barrer a ambos.

En algunas batallas: Yarmouk (636) en la que el Imperio Romano de Oriente pierde Siria, Qadisiya (637) en la que el Imperio Sasánida es derrotado, y Nahavand (642) en la que este último desaparece, Egipto pasa a ser controlado por los musulmanes. El Imperio Romano de Oriente sobrevive encogido, pero el Imperio Persa está acabado. La crisis de sucesión tras la muerte del Profeta se encuentra en el origen del cisma que desgarró el mundo musulmán, de forma intermitentemente hasta hoy. Los

sunitas y los chiítas se enfrentan. Los sunitas son elegidos originalmente entre los compañeros del Profeta, mientras que los chiítas creen que el califato debía reservarse a los miembros de su familia. Para estos últimos, la muerte de Hussein, nieto del Profeta, en Karbala, fue un acontecimiento importante. La dinastía omeya (660-750), cuya capital era Damasco, marca el triunfo de los sunitas. En todo caso, la conquista árabe es impetuosa y, en pocas décadas, llega a España (711) por un lado y al Indo por otro (712). La conquista se ve facilitada, entre otras cosas, porque a los “pueblos del Libro” (judíos y cristianos) se les permite la libertad religiosa. Tienen el estatus de *dhimmis* y disfrutaban de la protección del conquistador a condición de pagar un impuesto especial. No obstante, no se les permite portar armas.

La expansión árabe logró apoderarse tanto de las posesiones del Imperio Romano de Oriente (Levante, Egipto) como de la meseta iraní que, desde los partos hasta los sasánidas, fue durante siglos el rival de Roma y del Imperio Romano de Oriente. Es en el interior del mundo musulmán donde se produjo la caída de los Omeyas. Es causada por una revuelta del este de Irán que derrota a las tropas omeyas (749). El califato pasa a manos de los abasíes (750) con importantes consecuencias. La capital del

mundo musulmán es ahora Bagdad y la dinastía dura hasta el año 936. Se puede observar que el poder transita gradualmente de manos de la minoría árabe conquistadora a los persas recién convertidos, que son numerosos en la administración. Es desde el interior del mundo musulmán donde se va reconstituir la potencia persa.

El califato de Haroun Al Rashid (786 - 809) marca el apogeo de la dinastía. El auge económico es considerable y la civilización urbana se desarrolla. Aparecen otros califatos: omeyas de Córdoba (756), fatimíes de Ifriqiya, chiítas, en torno a Kairuán, que pronto conquistan Egipto (929) del que serán expulsados dos siglos después por el sunita Saladino. En el año 945, los emires buyíes (chiítas) ocupan Bagdad.

El Islam tiene ahora varios centros: Córdoba, Egipto, Irán. Los turcos, cuyo papel militar ha ido creciendo a partir del siglo XI, eliminan a los buyíes chiítas y restauran la autoridad del califato.

Irán desempeña un papel considerable bajo los abasíes. Es el centro de la masa euroasiática durante los siglos VIII y IX. El comercio internacional está bajo control musulmán y el Océano Índico desempeña un papel esen-

cial. Este es probablemente el comienzo de la primera globalización.

Una de las características de Irán, que comparte con China, es la influencia civilizadora que ejerce sobre todas las oleadas nómadas procedentes de Asia Central. Mientras China, debido a su cultura y también a su vigorosa demografía, absorbía las oleadas de invasores, Irán las perseguía, incluso cuando la dinastía vigente no era persa sino de origen extranjero. China y Persia aparecen así como potencias civilizadoras y asimiladoras, muy alejadas de las potencias occidentales actuales. Su herencia regional pesa mucho en los actuales reequilibrios estratégicos.

A partir del siglo X, los persas desempeñaron un papel decisivo en el Imperio y, posteriormente, son ellos quienes, a principios del siglo XVI, permiten el ascenso al poder de una dinastía chiíta, los sefévidas, la cual se mantuvo en el poder durante dos siglos y deja una huella indeleble en Irán. Los sefévies se atraen la hostilidad de los otomanos sunítas y en 1514, en la batalla de Chaldiran, pierden el control del Irak predominantemente chiíta (las consecuencias de este conflicto se han dejado sentir con fuerza en las últimas décadas). Los chiitas iraníes han

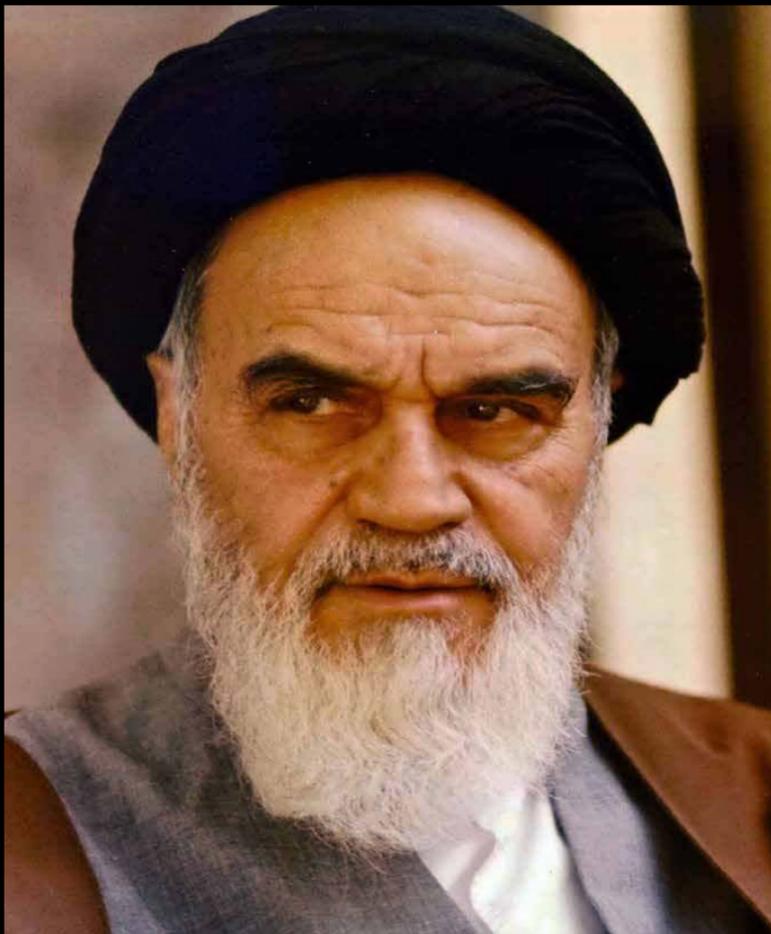
sido los amos de Irak. Están trabajando para volver a serlo.

Hoy en día, Irán es una potencia chiíta pero minoritaria, que ninguna presión logra debilitar a pesar de la hostilidad de gran parte del mundo musulmán. La tradición estatal, la tradición diplomática de primera fuerza, el espesor cultural constituyen algunos de los fuertes activos de Irán a través de los siglos.

Desde el siglo XVI hasta el XVIII, Irán y el Imperio Otomano están en conflicto abierto. Mientras que Solimán, el turco sunita, estaba vinculado al católico Francisco I, Irán es el aliado inverso de los Habsburgo. Más tarde, Irán se pone del lado de los protestantes. A pesar de todo su poder, el Imperio Otomano no puede imponerse frente a los sefevíes, que tuvieron que dejar el poder a los jadíes, siguiendo una política de la misma tradición en la que la religión y la política son estrechamente vinculadas. Solo el Sha optará, hasta 1979, por un reinado en el que la religión no jugara un papel central, ya que se refiere a los orígenes arios de Irán en un vano esfuerzo de secularización. Pero dispara un violento movimiento de regreso. La antorcha del chiismo es recogida, con celo, por el aya-

tolá Jomeini en 1979 y agudiza más que nunca el antagonismo con los sunitas.

La omnipotencia estadounidense y la dureza de las sanciones y embargos que aíslan a Irán no consiguen hacer tambalear al clero y al poder chiíta en 2003, ni en los años siguientes. La resistencia de los iraníes, firmemente anclados en su nacionalismo y sus tradiciones religiosas, triunfa sobre la invasión estadounidense que pretendía “remodelar el gran Oriente Medio”. La sociedad iraní está ampliamente urbanizada y su nivel cultural, incluso entre las mujeres, es probablemente el más alto de la antigua Asia. El poderío de Irán, combinado con una mayor ayuda material a Líbano, Siria, Irak, Yemen e incluso Afganistán, a pesar de las sanciones estadounidenses, las amenazas israelíes y los asesinatos selectivos, es notablemente eficaz. Y ahora China, que cerró un acuerdo de inversión con Irán por un valor de 400.000 millones de dólares y se está convirtiendo en el primer importador de petróleo iraní, es el socio número uno de un Irán que poco a poco va aflojando el cerco de las sanciones estadounidenses, convirtiéndose por ejemplo en el quinto productor mundial de nanopartículas.



La antorcha del chiismo fue retomada, con celo, por el ayatolá Jomeiny en 1979, agudizando más que nunca el antagonismo con los suníes.

EL IMPERIO RUSO

“Rusia no tiene ninguna frontera natural en el oeste” es la afirmación que muchos análisis geopolíticos pretenden retratar de la situación de Rusia y su obsesión por un espacio para defender en el oeste (véase por ejemplo el comienzo del libro de Tim Marshall Prisioneros de la geografía acerca de las pesadillas de Vladimir Putin). Es cierto que la historia rusa muestra una obsesión por la geografía, por el espacio estratégico, las profundidades estratégicas y el territorio a defender sin protección natural. La invasión rusa de Ucrania es la expresión más reciente de esta obsesión. Empujar cualquier amenaza potencial a Occidente para recuperar el espacio de protección perdido, en este caso, desde 1991 y el fin del Imperio Soviético.



Pedro el Grande (1682-1725), consciente de que Rusia se estaba quedando atrás, quiso volver a ponerla a la altura de los tiempos europeos. Tras derrotar a los suecos (1721), el zar abrió una ventana al Báltico y fundó San Petersburgo.

De hecho, la llanura germano-polaca que comienza en el Mar del Norte se extiende hasta los Urales (con el único obstáculo menor de los pantanos de Prepiat). Al este, la estepa mongola se extiende hasta la puzta húngara. Históricamente, Rusia se formó primero entre la estepa del sur (Crimea) y la selva del norte (Moscovia). La distancia era entonces su mejor defensa. Lo seguirá siendo, ya que Rusia se beneficia de una profundidad estratégica que no tiene parangón en ningún otro lugar del mundo, si no es por los Imperios del Mar.

Luego, Rusia se formó entonces por continuidad territorial haciendo retroceder los avances mongoles (de oeste a este: Kazán, Sarátov, Astracán) hasta el mar de Okhotsk y finalmente el Cáucaso en el sur.

La Rusia de Kiev (880-1054) es creada en el entorno eslavo por los varegos originarios de Escandinavia. Controla desde el Báltico hasta Galicia e intenta expandirse hacia el sur. Evangelizada por Bizancio en 988, se expande hacia el oeste a costa de Polonia y Lituania. Es en 1054 cuando el cristianismo panslavo inicia lo que se convertirá después en un cisma perenne. Hasta entonces, solo hay una iglesia entre Roma y Constantinopla. Rusia

tiene que hacer frente a la presión de los nómadas de Asia Central y, en el siglo XII, se retira hacia el norte. Las regiones esteparias son abandonadas por las zonas forestales. El centro de gravedad ruso se desplaza hacia el norte: Vladimir, Suzdal, Pskov, Novgorod. Nóvgorod es una floreciente república mercantil durante tres siglos. En el siglo XIII, la ciudad resiste con éxito la presión sueca, teutónica y lituana. Más tarde, Nóvgorod pasa a formar parte de la Liga Hanseática creada por las tribus germánicas que viajan desde el Báltico hasta el Mar del Norte. En 1240, Kiev es destruida por los mongoles. El país ruso, a excepción de Novgorod, depende de la Horda de Oro, queda bajo el yugo mongol durante dos siglos y medio. Sin embargo, esta situación permite la libre circulación en gran parte de Asia.

En el siglo XIV, Moscú se impone, pero hay que esperar a Iván III (1462-1505) y la irrupción del cañón para derrotar a los mongoles (1480). La principal amenaza va a ser la de los lituanos que, desde el siglo XIV hasta mediados del XV, controlan Ucrania y el oeste de Rusia. Rusia se separa de la autoridad espiritual de Constantinopla (1439) y Moscú quiere ser una tercera Roma. Iván IV, conocido como el “Terrible” (1533-1584) es proclamado zar (1537). Crea un Estado centralizado y lleva a cabo

una política de expansión. El fuego de los cañones destruye a los kanatos de Kazán (1552), Astracán (1556) y Sibir (1584) en el sur, mientras que el kanato de Crimea, una reliquia mongol respaldada por los otomanos, logra apoderarse de Moscú e incendiarla (1571). A partir de entonces, Rusia vive un periodo de disturbios, anarquía e intervención extranjera (1584-1613). Los suecos y los polacos intervienen y los polacos ocupan brevemente Moscú (1610–1612).

En 1581, los cosacos inician la conquista de Siberia que se completa durante el siglo siguiente. El avance es facilitado por los ríos y continúa hacia el norte de las estepas en un territorio poco poblado hasta el mar de Okhotsk. Arkhangelsk es fundada en el Mar Blanco (1584).

La expansión de Rusia por la continuidad territorial sólo tiene parangón con la conquista del Oeste americano. La conquista del Extremo Oriente, ejemplificada en la película *Derzou Ouzala*, debería ser un tema importante en la filmografía internacional y europea. Sin embargo, las tierras no son ocupadas masivamente pese a una vigorosa demografía en el siglo XIX.

En Occidente, Rusia se enfrenta a dos grandes adversarios: los suecos y los polacos. Rusia pierde todo el acceso

al Mar Báltico a favor de Suecia (1617). Tras los reveses sufridos por Polonia, Rusia gana y Polonia tiene que ceder la parte oriental de Ucrania, Kiev y Smolensk. En el este, los rusos alcanzan el río Amur sin cruzarlo y concluyen el Tratado de Nertchinsk (1689) con los manchúes, que permanecerá vigente durante siglo y medio.

Pedro el Grande (1682-1725), consciente de que Rusia se está quedando atrás, quiere volver a ponerla a la altura de los tiempos europeos. Tras triunfar sobre los suecos (1721), el zar abre una ventana al Báltico y funda San Petersburgo. En el sur, Rusia avanza a costa de Irán. Bajo Catalina II (1762-1796) se produce una doble expansión: hacia el oeste a costa de los polacos (1772, 1793, 1795), Rusia anexe la Bielorrusia y la Ucrania occidental. Al sur, el fin del Janato de Crimea (1783), es también el fin del lago otomano en el Mar Negro. Sebastopol y Odessa están fundadas. Alaska es investida a finales del siglo XVIII. En 1812, es el principio de la invasión napoleónica.

Hay que señalar que los rusos no tenían una estrategia adaptada a las condiciones de su territorio. Cuando Barclay se retira ante el avance de las tropas napoleónicas tres veces más numerosas, es criticado por la mayoría del

estado mayor así como por la Corte. Sin embargo, el choque de los ejércitos procedentes del oeste se diluye en el espacio ruso. Sólo después se descubre la importancia del espacio en Rusia. Las fuerzas suecas de Carlos XII, demasiado lejos de sus bases, habían sido aplastadas en Poltava en el siglo XVIII en Ucrania.

El siglo XIX (1812-1914) es un siglo de expansión territorial rusa: anexión de Finlandia (1809), Besarabia (1812). La gran expansión afecta a tres frentes: 1: las estepas caucásicas que fueron fácilmente conquistadas. 2: el Cáucaso donde los rusos encuentran una feroz resistencia (Daguestán), el jeque Chamyl (1834-1853) demuestra ser muy duro. 3: el Extremo Oriente a expensas del Imperio Manchú (China).

Rusia anexa 2,5 millones de km² a expensas de China en los ríos Amur y Ussuri (1860) y obtiene acceso al mar abierto (fundación de Vladivostok). En la segunda mitad del siglo XIX, la Rusia zarista surge como un importante rival de Gran Bretaña en Tíbet y Afganistán. Finalmente, los rusos ayudan a los búlgaros en los Balcanes a costa de los otomanos (1879).

Los perdedores regionales de la expansión rusa en el Cáucaso fueron Irán (1828) y el Imperio Otomano. La

expansión rusa preocupa a Gran Bretaña, que, junto con Francia, interviene en Crimea (1854). Uno se podrá preguntar qué ganaba Francia con esto.

La abolición de la servidumbre en Rusia es muy tardía (1861). En 1900, se calcula que el Imperio zarista posee 110 millones de habitantes, el 80% de los cuales son eslavos, es decir más del doble de la población del Estado europeo más poblado. Alaska es vendida a Estados Unidos (1867) y el ferrocarril transiberiano se completa desde principios del siglo pasado. En 1904-1905 Rusia es derrotada en tierra en Manchuria y en mar en Tsushima por Japón. Ésta es la primera derrota - como se interpretó en su momento - de una potencia “blanca” en la era industrial. La revolución de 1905, aunque aplastada, anuncia la revolución que provocará las condiciones de la guerra de 1914. En 1917, Lenin logra forzar a los bolcheviques a tomar el poder. La guerra civil estalla hasta 1920. La URSS pierde Polonia, los países bálticos, Finlandia y Besarabia, pero recupera Ucrania, Georgia y Azerbaiyán.

La revolución mundial no se produce. En China, en 1925-1927, los comunistas fracasan. Se establece la dictadura estalinista hasta 1953. La Guerra Fría dura desde 1947 hasta 1989 (levantamiento de Berlín 1953, Buda-

pest 1956, Praga 1968). Mientras tanto, la Unión Soviética se había apoderado de la RDA, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Albania. Sólo Finlandia, Yugoslavia (1948) y Austria consiguen garantizar su neutralidad. Tras la Segunda Guerra Mundial, Europa no era más que una apuesta, aunque importante, entre los Estados Unidos y la Unión soviética.

En 1949, Mao incorpora a una cuarta parte de la población mundial al “campo socialista” traslada el conflicto Este-Oeste a Asia mediante la Guerra de Corea (1950-1953).

En 1955, la Conferencia de Bandoeng (Indonesia) marcó el declive y el fin del periodo colonial. Después de los franceses, los estadounidenses (1965-1973) no consiguen derrotar a los comunistas vietnamitas. A contramano de las predicciones de los expertos, no son los musulmanes los que derriban el régimen soviético, sino los bálticos y los caucásicos con sus reivindicaciones nacionalistas.

Gorbachov intenta democratizar y reestructurar la economía, pero no puede superar la inercia de su burocracia. El Muro de Berlín cae en 1989, la propia URSS se derrumba dos años después y la década de 1990 es desastro-

sa para Rusia. Al final de la terrible crisis de los años 90, Vladimir Putin vuelve a poner a Rusia de pie y recupera gran parte de su poder, particularmente en términos militares. La sensación de estar cercado por la OTAN, la realidad del incumplimiento de los acuerdos de Minsk por parte del gobierno ucraniano, el incumplimiento del derecho internacional por parte de las potencias angloamericanas, desde Kosovo a Irak y desde Libia a Siria, pueden haberlo llevado a sobrevalorar su potencia comprometiéndose en la denominada “operación Ucrania”.



Iván IV, conocido como el "Terrible" (1533-1584) fue proclamado zar (1537). Creó un Estado centralizado y aplicó una política de expansión.

IMPERIOS DE OCCIDENTE

Europa es el jardín del mundo. En ningún otro lugar del mundo han quedado tantas huellas de los últimos tres milenios en un espacio tan reducido. Desde la antigua Creta hasta el reconstruido y extenso Berlín de hoy, no hay zona más rica y variada que esta extremidad continental. También fue, en los últimos siglos, la matriz de la más ambiciosa de las conquistas imperiales, aquella cuya huella quedó visible y sensible en todas partes.

No es de extrañar que, después de haber luchado duramente unos contra otros, los estados europeos, en el momento del reflujó, tuvieran el deseo de estar unidos. El proyecto de la Comunidad Europea primero, y luego de la Unión Europea, iniciado tras una guerra mundial que dejó a Europa exhausta, no llega, seis décadas más tarde, a buen puerto – veremos por qué en las páginas siguientes, ilustrando una vez más la ley del más fuerte y las divisiones basadas en los intereses divergentes de quienes pensaron que esos intereses podrían ser contrarrestados.

Tras la caída de Roma en el siglo V, Europa, en términos imperiales, es muy pobre durante un milenario en comparación con Asia antes o después. El único Imperio, territorialmente modesto y breve, es el de Carlomagno

en el siglo IX, seguido de expediciones religiosas en los siglos XII y XIII hacia Jerusalén. No es hasta la constitución del Imperio de los Habsburgo en el siglo XVI que se establece un Imperio de cierta envergadura en Europa (este Imperio se derrumba tras la Primera Guerra Mundial).

Por último, el efímero pero espectacular imperio terrestre napoleónico es la expresión de los avances revolucionarios de Francia en varios niveles: el sistema de divisiones, los avances en artillería gracias a Gribeauval, el levantamiento en masa y las nuevas ideas.

A partir del siglo XVI, el imperialismo europeo es esencialmente marítimo y da lugar al dominio del Imperio Británico sobre una cuarta parte de la población mundial. Es este último, reforzado por los avances de la revolución industrial y el fuerte crecimiento demográfico, él que fue dominando el mundo hasta controlarlo desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta principios del siglo XX. Su dimensión marítima es esencial.

EL IMPERIO DE CARLOMAGNO

Puede verse como un esbozo del Sacro Imperio Romano Germánico. El Imperio carolingio se forma gracias a la Iglesia de Roma, de la que también se vuelve el protector. Su núcleo es fuertemente germánico (para los alemanes, Carlomagno es Karl der Grosse). La expansión territorial, especialmente hacia el este y el sureste, se lleva a cabo con las armas para la expansión de la fe, en Sajonia, Baviera y Lombardía. Tras aplastar una insurrección sajona, Carlomagno detiene el avance de los nómadas ávaros de Asia Central. Este último se instala definitivamente en Hungría. En el año 800, Carlomagno es coronado emperador por el Papa, quien quiere hacer valer su preeminencia sobre Constantinopla donde se han celebrado todos los concilios ecuménicos fundadores del cristianismo. La capital imperial se fija en Aquisgrán, en territorio germánico, y el emperador crea la institución de los Missi Dominici, o interventores itinerantes, que ase-

guran la centralización de su dominio. Carlomagno dirige una última expedición a Bohemia (812).

A su muerte (814), su hijo hereda el Imperio en el que los obispos desempeñan un papel cada vez más importante. A su muerte, el Imperio se divide en tres en el Tratado de Verdún (843). De hecho, sólo dura unos cuarenta años. En esta división se perfila un dominio francés en el oeste y un dominio alemán en el este, separados por una Lotaringia que prefigura un dominio borgoñón disputado por los otros dos hasta el siglo XV. Mucho más tarde, cuando Alemania se unifica, la antigua línea divisoria volverá a ser cuestionada en Alsacia-Lorena.



EL IMPERIO DE CARLOS V



En 1494, Cristóbal Colón llega al continente americano propiamente dicho. Vasco da Gama aún no había

llegado a la India y Cabral no había llegado a Brasil (1500), pero por el Tratado de Tordesillas (1494) el Papa ya había dividido el mundo en dos, una mitad para Portugal y la otra para España. El Papa emite un segundo tratado, el de Zaragoza en 1529, teniendo en cuenta la realidad de la época. Portugal se ha involucrado en una parte de Brasil, creó puestos comerciales en la India (Goa 1510) y Malasia (Malaca 1511). Los españoles conquistaron México (Cortés 1519 - 1521). Magallanes, al servicio de España, emprende la circunnavegación del mundo en 1519 que completa tres años después. Carlos I, rey de España, es elegido emperador contra Francisco I gracias al apoyo del banco Fugger, con el nombre de Carlos V. De repente se vuelve poderoso. El oro y la plata llegan desde América y el trono imperial añade a España las posesiones alemanas de los Habsburgo, así como los Países Bajos, el Franco Condado y el sur de Italia.

El Imperio de Carlos V (1519 - 1556) es el primer intento de un Estado europeo, asumido por su hijo Felipe II de España, de dominar a toda Europa. El emperador quiere ser un monarca universal y campeón

del catolicismo. Tiene tres oponentes: Francia, los príncipes alemanes protestantes y el Imperio Otomano. En un primer momento, Francia es derrotada (Pavía 1525) por Carlos V quien se alió con Enrique VIII de Inglaterra, entonces católico. Francia pierde Flandes, Borgoña (1529) y Artois. Más tarde, Enrique VIII y el Papa se alian con Francia contra Carlos V, quien pierde Borgoña. Francisco I por su parte tiene que renunciar a Italia. Ese mismo año, 1529, los otomanos no logran tomar Viena, pero poco antes (1526) consiguen derrotar al poderoso Estado húngaro y ocupar definitivamente Buda. Mientras tanto, Martín Lutero, quien había publicado sus 95 tesis sobre las indulgencias denunciando la corrupción de la Iglesia (1517), pasa en el primer plano y recibe un fuerte apoyo de los príncipes alemanes. El protestantismo avanza a grandes pasos. Francisco I, quien ya se había aliado con los príncipes protestantes (1531) para debilitar a Carlos V, hace causa común con el sultán otomano Solimán. La realpolitik del Estado prima por sobre las consideraciones estrictamente religiosas. Mientras Francia forma alianza con los otomanos contra los Habsburgo, el Imperio Safávida de Irán, rival chiíta de los otomanos sunitas, se convierte en el aliado “de revés” de los Habsburgo.

La Reforma y la Contrarreforma transforman lo que era el cristianismo del siglo XI al XV, teniendo en cuenta los intereses dinásticos. Por su parte, Inglaterra consumó su ruptura con Roma (Enrique VIII 1534), una ruptura simbólica en la distancia tomada con el continente.

En Europa Occidental, aparece una división entre católicos y protestantes a lo largo de una línea Norte/Sur. Cal-



El emperador Carlos V con su hijo Felipe II, rey de España.

vino, en Ginebra, retransmite el protestantismo a su manera.

La contraofensiva católica no tarda en llegar, dirigida por la Compañía de Jesús de Ignacio de Loyola. En el plano religioso, esta ruptura se suma a la de 1054 con la ortodoxia. Europa vehicula tres versiones del cristianismo. Los conflictos dentro de Europa se vuelven religiosos. El Concilio de Trento (1545) inicia su primera sesión en defensa de la doctrina católica. Carlos V consigue derrotar a los príncipes protestantes.

En la Paz de Augsburgo (1555) se alcanza un compromiso entre católicos y protestantes: los súbditos deben adoptar la religión de su príncipe. No es hasta la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) que el Tratado de Westfalia establece el principio de *cujus regio, ejus religio* para Europa. El principio del Estado-nación se impone en toda Europa.

La Europa de los Estados ya es una realidad y la Iglesia ya no tiene el poder que tuvo durante siglos. Carlos V abdica (1556), su hijo Felipe II hereda España, las posesiones americanas, los Países Bajos y Sicilia, y su hijo Fernando I hereda las posesiones tradicionales de los Ha-

burgo. Francia renuncia definitivamente a sus pretensiones sobre el norte de Italia.

Con el mejor ejército de Europa formado durante las guerras de Italia por Gonzalve de Córdoba, combinando el fuego del arcabuz con el de los piqueros (tercio), España retoma la triple tarea de defender el catolicismo, intentar conseguir la hegemonía en Europa y luchar contra los otomanos. El dominio militar español dura hasta 1643 (Batalla de Rocroi) tras la cual comienza la de Francia que terminará con la era napoleónica (1643-1814).



Carlos V

EL IMPERIO NAPOLEÓNICO

Napoleón intenta establecer la hegemonía francesa sobre Europa. Es el intento de un genio irregular (es decir ilegítimo), arrastrado por la Revolución Francesa de la que es en muchos aspectos un heredero. Es también la culminación del poderío francés desde el punto de vista demográfico y militar, que perdura en el continente durante 150 años (aunque con un revés en 1763 cuando en el Tratado de París Francia cede la India y Canadá a Inglaterra con considerables pérdidas).



Napoleón I, Emperador de Francia

Las herramientas militares de Napoleón son la artillería, el sistema de divisiones forjado durante la Revolución y por supuesto el levantamiento en masa que sustituye al sistema de mercenarios. Napoleón crea el modelo europeo de guerra que va prevalecer hasta 1945. Cambia de naturaleza, convirtiéndose en guerra “a ultranza” (Carnot) y la batalla tiene como objetivo la aniquilación del adversario. A partir de entonces, aparece lo que Clausewitz describe como una guerra “con objetivo absoluto”. Napoleón no se satisface, como había querido la Revolución Francesa, con llevar el país a sus fronteras naturales. No hay tácticas dilatorias, el objetivo se aplastar al adversario. Además, las tropas se hacen más móviles, modificando los problemas logísticos: se acaban los convoyes de suministros que ralentizan la marcha. Se vive del país donde tiene lugar la guerra.

Napoleón se encuentra con cuatro adversarios: Austria, Prusia, Inglaterra y Rusia. Los austriacos y los rusos sufren graves derrotas: Austerlitz (1805), Wagram (1808), Prusia (1806) y Friedland (1807). Muchos estados o regiones importantes están dominados o bajo la influencia francesa: los Países Bajos, Westfalia, Suiza, la Confede-

ración del Rin, el reino de Italia y Nápoles. El poder de Francia es tal que el Reino de Prusia y el Imperio Austriaco no tienen más remedio que aliarse con Francia. A pesar del desastre de Trafalgar (1805), el Emperador trata de poner a Inglaterra de rodillas instituyendo un bloqueo continental (1806). Una vez más, la insularidad salva a Inglaterra que dispone de una flota muy superior a la de las demás potencias.

Las pretensiones de Napoleón para el trono español se convierten en una costosa guerra de guerrillas (1808-1814) apoyada por los ingleses (Wellington) desde Portugal. Esto va costar casi 300 000 soldados franceses. La “pequeña guerra” hace una nueva entrada, con España, el Tirol y en Rusia con la guerra de partisanos que se utiliza como suplemento a las tropas regulares rusas. La campaña rusa (1812), tras la creación del Gran Ducado de Varsovia, permite llegar a Moscú de forma temeraria tras la costosísima batalla de Moskova (Borodino). Las reglas del juego son diferentes a las de Europa, en un país en el que no se abolió la servidumbre y se practicaba una política de tierra quemada. Hubiese sido probablemente más efectivo golpear a San Petersburgo y en la corte. El error de esperar en Moscú sin éxito y durante más de un mes una oferta de paz se paga a la vuelta con quince días de

un terrible invierno en el que las tropas francesas y aliadas son arrasadas por el frío y los irregulares (cosacos) de Denis Davidov. Vivir del país invadido era posible en la Europa rica o acomodada, como el norte de Italia o Austria, pero difícilmente en España o Rusia, sobre todo porque las tropas francesas son consideradas representantes del Anticristo, tanto en la España católica como en la Rusia ortodoxa. El derramamiento de sangre es catastrófico, con la desaparición de casi el 90% de las tropas de los más de 400 000 hombres que hay al comienzo del conflicto, incluidos muchos soldados aliados.

La coalición de adversarios se forma tras esta desastrosa retirada debido a la excesiva extensión del teatro del conflicto y a las condiciones climáticas. Napoleón es derrotado en Leipzig (1813), pero la campaña francesa, aunque costosa, tiene un éxito notable.



La batalla del puente de Arcole

La coalición de Inglaterra y de los Estados continentales gana en Waterloo (1815). Francia pierde casi todos los territorios que había dominado desde la Revolución. El Congreso de Viena restaura el viejo orden durante dos generaciones, de las que surgió el poder prusiano y pronto el alemán (1866: Sadowa elimina a Austria; 1870: la Francia de Napoleón III se hunde). Europa occidental es esta punta continental privilegiada que, al oeste de la línea Danzig-Viena-Trieste, tuvo el inmenso privilegio, con la excepción de España y Portugal, de no ser invadida desde finales del siglo X.

En el otro extremo de Europa, a mediados del siglo XV cuando Constantinopla acaba de caer, la Moscovia sigue bajo el yugo de los mongoles, mientras los Balcanes permanecen bajo el dominio otomano hasta el siglo XIX. Polonia, unida a Lituania y Hungría, es poderosa y esta última, en el siglo XV, es el baluarte de la cristiandad contra el avance otomano.

Son los portugueses quienes hicieron en el siglo XV un esfuerzo sostenido por explorar las costas de África y lograron doblar el Cabo de Buena Esperanza (1487) en un momento en que Europa Occidental es aislada. Son también los portugueses quienes llegan a Malaca (1511) y a

la Insulindia antes de ser los primeros europeos en acercarse a Japón.

Albuquerque, gobernador general de Goa, consigue arrebatarse a los musulmanes el monopolio del comercio en el océano Índico, mientras el continente americano es conquistado paulatinamente desde California hasta Chile y Argentina (por España). En el siglo XVI, los rusos toman el control de Siberia hasta el Mar de Okhotsk y pronto llegan a lo que sería Vladivostok. Luego cruzan el Kamchatka y entran en Alaska mientras sus cazadores de pieles bajan al norte de California donde se encuentra la última iglesia rusa.

Son los holandeses quienes arrebatan a los portugueses el control del Océano Índico. Los Países Bajos, con Ámsterdam a principios del siglo XVII, son el epicentro de una Europa ilustrada, próspera y marítima hasta que Inglaterra les arrebató la preeminencia en el siglo XVIII.

Inglaterra sólo es invadida una vez (1066) por Guillermo el Conquistador y, hasta 1453 cuando abandona el continente, con la excepción de Calais, no lucha en su propio territorio. Bajo Enrique VIII, se libera de la tutela de la Iglesia romana y toma conciencia con Isabel I de la absoluta necesidad de garantizar su independencia a tra-

vés de su flota. Al fracaso de la “Armada Invencible” (1588) es seguido de otros intentos españoles fallidos (1595, 1597, 1603). Sin embargo, España permanece la gran potencia de Europa hasta mediados del siglo XVII.

Al involucrarse lo menos posible en las guerras continentales, Inglaterra puede evitar la hegemonía española y luego la francesa. Por ello, en la época de la Conferencia de Berlín (1884-1885), intenta adquirir varios territorios en África para evitar la aparición de un imperio rival, el de Francia, prohibiendo la continuidad geográfica entre África Occidental, África Central y África Oriental.



La batalla de Friedland, 14 de junio de 1807

Controla Irlanda y construye un imperio marítimo con continuidad que se convierte en el mayor imperio colonial. Las tropas inglesas participan en la Guerra de Sucesión Española (1701-1714) (Marlborough) y en el conflicto contra Napoleón (Wellington). La preponderancia francesa, apoyada por una vigorosa demografía, es en líneas generales efectiva desde mediados del siglo XVII hasta principios del XIX.

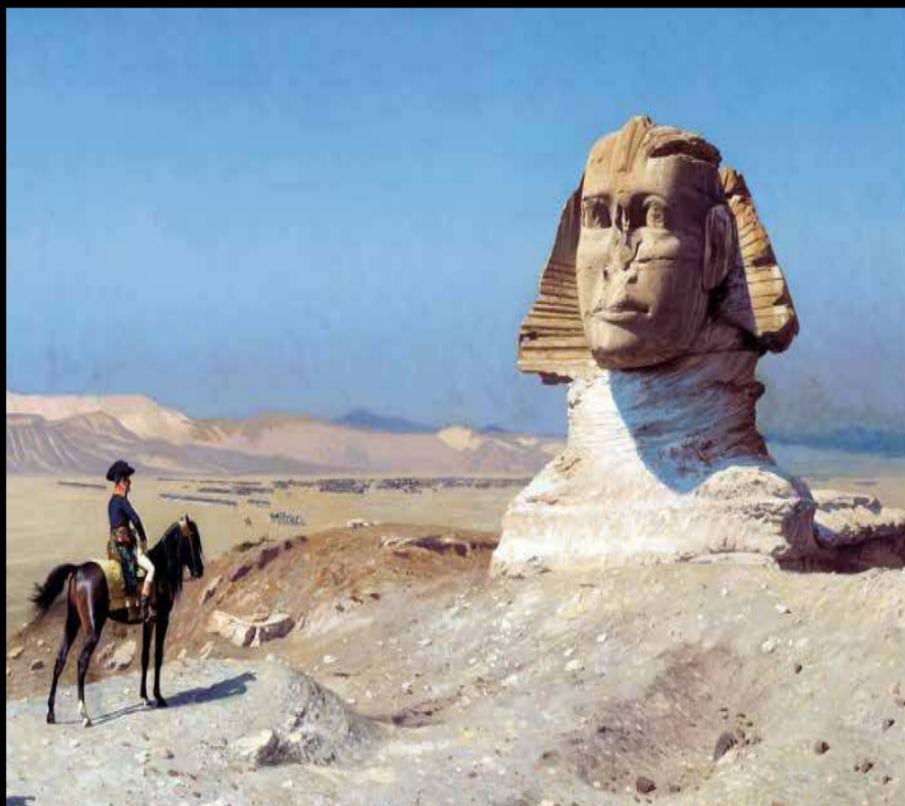
Italia sigue siendo débil en términos geopolíticos. Su contribución es marítima, mercantil y cultural, con un sur (Mezzogiorno) culturalmente muy diferenciado por razones históricas y su unidad es tardía.

En Escandinavia, dos estados dominan a los demás, Suecia y Dinamarca. Suecia es una potencia líder en el siglo XVII y el Báltico es un lago sueco. Incluso está presente militarmente hasta Ucrania (Poltava 1709) con Carlos XII.

La Casa de Austria, prerrogativa de los Habsburgo, sigue siendo principalmente continental. Está sometida intermitentemente a la presión otomana hasta 1683.

Los suecos y los polacos se enfrentan a principios del siglo XVII, mientras Rusia atraviesa un periodo de disturbios y en 1610 Moscú es ocupada por los polacos. Suecia niega inicialmente el Báltico a los rusos que se vengaron (1700-1721) despojando a los suecos de todos sus avances en el Báltico oriental. El avance otomano se ve detenido por la intervención de los polacos que salvan la Viena sitiada (1683). Pronto, el Imperio Otomano comienza a retroceder, atrapado entre el Imperio Austriaco y Rusia.

En la competición imperial entre Inglaterra y Francia en ultramar, Londres gana tanto en la India como en Canadá. Esto implica una grave doble derrota (Tratado de París de 1763). Dos potencias se imponen en el siglo XVIII. Rusia y pronto Prusia, cuya demografía es sin embargo muy modesta. Polonia desaparece del mapa (1795) durante 125 años y se divide entre Rusia, Austria y Prusia. Europa se reduce a tres grandes potencias: Inglaterra, Austria y Rusia, a las que podemos añadir una Prusia en ciernes. Sólo Inglaterra escapa al control francés gracias a su flota (Trafalgar 1805). Rusia triunfa gracias al invierno y la Casa de Austria consigue restablecer el equilibrio en el Congreso de Viena de 1815.



Bonaparte ante la Esfinge

DE LA GRAN EXPANSIÓN COLONIAL HASTA LAS DOS TERRIBLES GUERRAS MUNDIALES

En la segunda mitad del siglo XVIII comienza la gran expansión colonial liderada principalmente por Inglaterra quien controla las principales rutas marítimas.

Rusia se expande en Asia Central a costa de los persas y en el Cáucaso a costa de los otomanos. Además, Rusia anexa 2.5 millones de km² de la China manchú. El Tíbet y Persia son objeto de competencia entre los rusos y los ingleses. En Europa, la situación política cambia decisivamente con la victoria prusiana contra Austria (1866) y Francia (1870). Tras la Guerra Civil estadounidense (1861-1865), los Estados Unidos se convierten pronto en la primera potencia industrial del mundo, seguida de Alemania y Gran Bretaña.

China es subyugada (Guerra del Opio, 1840). El reparto del mundo termina con la ocupación del interior de África, decidida en la Conferencia de Berlín (1884).

Gran Bretaña y Francia comparten la mayor parte del continente. Los británicos se enfrentan abruptamente con los bóers en Sudáfrica (1899-1902). El poder de Alemania obliga a un reajuste, haciendo que Francia se acerque a Rusia y Gran Bretaña a Francia. La guerra de 1914, supuestamente corta mientras se subestima el progreso de la potencia de fuego, es larga y costosa. Europa se agota y se endeuda con los Estados Unidos.

La expansión marítima europea es la mayor empresa militar de la historia. Europa domina toda Asia, excepto Japón, y toda África, excepto Etiopía. Esto está muy lejos de la época en que, bajo los Ming, entre 1405 y 1433, los chinos, muy por delante de los portugueses, habían conducido siete grandes viajes marítimos a las costas de África. Cuando comienza la primera década del siglo XX, Europa está en su apogeo político y militar. En 1914, todo cambia. Con la Segunda Guerra Mundial, Europa se convierte en un problema a partir de 1945.



LA DIMENSIÓN DEMOGRÁFICA

No se puede sobreestimar la importancia de los números, especialmente cuando se trata de personas productivas. Francia irradia en el siglo XVIII gracias a una demografía que duplica la de la mayoría de sus competidores y/o rivales. El siglo XIX es el gran siglo europeo en todos los aspectos: innovaciones tecnológicas, emigración a América, expansión colonial, etc. Sin embargo, hay que recordar que en 1800, las diez ciudades consideradas más pobladas son:

Pekín	Londres	Cantón	Constantinopla	París
1 100 000	861 000	800 000	570 000	547 000
Hang Tchou	Edo (Japón)	Nápoles	Sou Tchou	Osaka (Japón)
500 000	472 000	430 000	392 000	380 000

En 1900, Occidente (Europa, América del Norte y Rusia) representaba el 33% de la población mundial, hoy (2020) no representa más que el 14% y Europa, la de los 27 – o de los 28 incluyendo a Inglaterra - sólo el 7%.

En la segunda mitad del siglo XX se produce un boom demográfico en China, India, Indonesia, Brasil, Nigeria, Pakistán, Bangladesh y México. Hoy, desde hace veinte años y rumbo a las dos próximas décadas, asistimos a una duplicación de la población de África, especialmente al sur del Sahara.

En 1900, la población mundial se estimaba en 1.600 millones de personas. A finales del siglo XXI, alcanzará entre 10.000 y 12.000 millones, con el desarrollo de las megaciudades y los barrios marginales.

Hoy en día, Europa se mantiene en parte gracias a la inmigración procedente de continentes no europeos, fenómeno al que hay que añadir el envejecimiento (también es el caso de Japón y en menor medida de los Estados Unidos y Rusia). Con la pérdida de Gran Bretaña, la Unión Europea ha perdido uno de sus tres países más poblados.

Juntos, Alemania, Francia y Gran Bretaña representaban el 50% del total de la Unión europea. La pérdida de

vitalidad demográfica es un hecho tangible. El epicentro de la Unión Europea es Alemania. En contraste, los Estados Unidos pasan de poco más de 5 millones en 1800 a 330 millones en 2020, con una población más joven que la de Europa.

China, el país más poblado del mundo (2020), tiene un 92% de hans, un fenómeno casi único. Xinjiang, Gínghai y Tíbet, ocupando un tercio del territorio chino, tienen una población de sólo 25 millones (2020).

La vocación imperial de Europa es marítima. La primera fase fue liderada desde la Península Ibérica en el siglo XVI para liberarse del dominio musulmán. Fue iniciada por Portugal que circunnavegó con éxito el continente africano, luego avanzó hasta la India y finalmente llegó a Japón (siglo XVII). Al mismo tiempo, los portugueses se involucraron en Brasil (1500) y consiguieron ocuparlo y mantenerlo sin división. Por su parte, los españoles llegaron a las costas americanas, sometieron a México (Cortés 1517-1519) y dos décadas después a Perú (Pizarro) y pronto a Argentina. Esta conquista fue crucial en la medida en que se cristianizó el continente y se hablaron el portugués y el español como lenguas mayoritarias en la llamada América Latina, ocupada masivamente

en los siglos XVIII y XIX. El norte del continente fue colonizado por los franceses y sobre todo por los ingleses (1763).

En paralelo, el océano Índico deja de ser dominado por los asiáticos y más concretamente por los musulmanes. Es controlado sucesivamente por los Países Bajos, Francia y sobre todo Inglaterra.

Si la grandeza de Europa occidental se construyó sobre los mares (y sigue siendo para Francia una ventaja de primer orden gracias al segundo dominio marítimo del mundo), la Rusia zarista, mediante la continuidad territorial durante el siglo XVI, se extiende hacia el este y recupera de los mongoles todos los territorios que habían estado bajo su yugo.

Europa occidental tuvo el inmenso privilegio, al oeste de la línea Danzig-Viena-Trieste, de no ser invadida desde el siglo X. Sucesivamente, Portugal (siglos XV-XVI), España (1520-1643), Francia (1643-1814), Inglaterra (1763-1914), Alemania (1866-1945) desempeñan un papel importante. En el corazón de Europa, los Habsburgo atraviesan el tiempo hasta el siglo XX. La difusión del inglés, a partir de 1763 (Canadá, India), da a los anglosajones un poder blando que fue asumido por los Estados

Unidos a partir de 1945 de forma masiva. El francés, que reina en Europa en el siglo XVIII, se desvanece tras la Primera Guerra Mundial.

Inglaterra sólo fue invadida una vez en 1066. Hasta 1453, cuando abandona el continente europeo (excepto Calais), lucha fuera de Inglaterra por razones dinásticas. Con Enrique VIII se libera de la tutela romana y con Isabel I toma conciencia de la necesidad de garantizar su independencia a través de su poderío marítimo (fracaso de la “Armada Invencible”: 1588, 1595, 1597, 1603). Desde el principio, Inglaterra establece su autoridad sobre Gran Bretaña (e Irlanda bajo Cromwell) y construye un imperio marítimo que se volverá el más grande del mundo antes del de los Estados Unidos.

Alemania se convierte en la gran potencia militar (1866, 1870) y económica (1880) de Europa. En 1914-1918, Europa es arrastrada por un sistema de alianzas y se agota en una guerra suicida que beneficia a los Estados Unidos. Washington se convierte en la primera potencia económica del mundo en el siglo XX.

La revolución bolchevique se limita a construir el socialismo en un solo país tras los fracasos del espartaquismo (Alemania) y de las insurrecciones en China (1925-

27) en Cantón y Shanghai, tras la falta de éxito de la conferencia de Bakú (1920) organizada por los bolcheviques apelando los colonizados a la liberación. La Segunda Guerra Mundial pone fin al poder político de Europa.

¿CUÁL ES LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA DIPLOMACIA Y DE LA DEFENSA DE EUROPA?

Con la creación de la OTAN, los países miembros del Tratado de Bruselas (Francia, Alemania occidental, Italia, Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo) colocan a Europa bajo la protección de los Estados Unidos frente a la amenaza soviética. En 1954, los Estados Unidos exigen la integración de los contingentes militares alemanes, decisión a la cual Francia se negó (fracaso de la CED en 1955). Actualmente, 21 de los 27 países de la Unión Europea son miembros de la OTAN.

Entretanto, la unión de Europa occidental se disuelve (2011) y la Unión Europea asume las competencias que le correspondían. La integración en la Unión Europea conduce generalmente a la integración en la OTAN:

OTAN	Unión Europea
<p>Fundado en 1949</p> <p>Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos</p>	<p>Fundación: 1958</p> <p>Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y Países Bajos</p>
<p>1ª ampliación: 1952</p> <p>Grecia y Turquía</p>	<p>1ª ampliación: 1973</p> <p>Reino Unido, Irlanda y Dinamarca</p>
<p>2ª ampliación: 1955</p> <p>Alemania Occidental</p>	<p>2ª ampliación: 1981</p> <p>Grecia</p>
<p>3ª ampliación: 1982</p> <p>España</p>	<p>3ª ampliación: 1986</p> <p>España y Portugal</p>
<p>Reunificación alemana: 1990</p> <p>Alemania del Este</p>	
<p>4ª ampliación: 1999</p>	<p>4ª ampliación: 1995</p>

República checa, Hungría, Polonia	Austria, Suecia y Finlandia
5ª ampliación: 2004 Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Eslovaquia, Eslovenia	5ª ampliación: 2004 Chipre, República Checa, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta, Polonia, Eslovaquia, Eslovenia
6ª ampliación: 2009 Albania, Croacia	6ª ampliación: 2007 Bulgaria, Rumanía
7ª ampliación: 2017 Montenegro	7ª ampliación: 2013 Croacia
8ª ampliación: 2020 Macedonia del Norte	



En el caso de la Unión Europea, las ampliaciones que tienen lugar entre 1999 y 2000 parecen haber sido manifiestamente impulsadas según los intereses de la OTAN.

En 2016-2017, los ministros de Asuntos Exteriores de los países de la OTAN aprobaron más de 70 medidas destinadas a avanzar en la cooperación entre la OTAN y la Unión Europea, también en materia de ciberdefensa y seguridad marítima. La OTAN y la Unión Europea han llevado a cabo varias operaciones conjuntas (Macedonia, Bosnia-Herzegovina, Afganistán, Darfur, piratería en el Cuerno de África y crisis de los migrantes).

En 2016, Donald Trump cuestiona las garantías de protección de los Estados Unidos dado que la mayoría de los Estados europeos asigna gastos demasiado limitados en defensa. Solo siete países cumplen la regla del 2%: Grecia, Estonia, Rumanía, Letonia, Polonia, Lituania y Francia. Con Joe Biden, la perspectiva de una retirada parece descartada. El Brexit no facilita el desarrollo de una defensa europea autónoma.

En 2019, una crisis diplomática tiene lugar entre los miembros de la OTAN. Los Estados Unidos y Turquía actúan en Siria sin consultar a sus aliados. La crisis fue

seguida de tensiones greco-turcas en el Mediterráneo oriental (2020).

Cabe señalar que en 2018, a iniciativa de Francia, los Estados miembros de la Unión europea lanzaron una iniciativa de intervención (Alemania, Bélgica, Dinamarca, España, Estonia, Finlandia, Francia, Países Bajos, Portugal, Reino Unido). En realidad, no se ha hecho nada. Los países europeos no acordaron unificar sus capacidades de defensa, manteniendo su libertad en política exterior.

De 1986 a 1992, la Unión Europea manifestó en el papel su voluntad de coordinar la cooperación política europea. Durante la guerra de Yugoslavia, no hubo coordinación entre los doce Estados miembros europeos. Tres Estados, Alemania, Francia y Gran Bretaña, con una población conjunta de más de 200 millones de habitantes y considerables recursos militares, fueron incapaces de coaccionar a 10 millones de serbios y tuvieron que recurrir a los Estados Unidos y a la OTAN. El panorama estaba planteado. La Unión europea demostraba ser incapaz de gestionar sus propios problemas de seguridad interna, tal como lo ilustra también su parálisis ante los flujos migratorios organizados por Turquía y Bielorrusia (2021).

La Unión Europea no dispone de recursos militares para desplegar pero puede utilizar los de los Estados miembros que acepten poner a disposición lo requerido en el marco de una misión iniciada por el Consejo de la Unión Europea. No obstante, la política de defensa común de la Unión sólo puede lograrse mediante una decisión unánime de los Estados miembros. Dicho de otro modo, los países europeos se autocondenan a la impotencia. Uno puede comprobar como estas cuestiones militares recaen en la responsabilidad de los Estados individuales. Las decisiones eventuales no se ven facilitadas por el hecho de que no exista una política exterior europea.

Cada Estado miembro de la Unión Europea conserva la mayoría de sus competencias en materia de relaciones exteriores. Esto quedó demostrado durante la guerra de Irak en 2003 (con la negativa franco-alemana a participar en el conflicto).

El Fondo Europeo de Defensa (FED) está operativo desde principios de 2021. Su objetivo es financiar la investigación y el desarrollo de programas industriales en el ámbito de la defensa. Sus objetivos son:

- 1. Mejorar la interoperabilidad de los equipos europeos (17 modelos de carros de combate frente a

uno solo en Estados Unidos, 29 modelos de destructores frente a 4 en Estados Unidos, 20 modelos de aviones frente a 6 en Estados Unidos).

- 2. Reforzar la autonomía estratégica de la Unión Europea reduciendo su dependencia armamentística, sobre todo en relación con Estados Unidos.

El presupuesto del FDEF debía ser de 13.000 millones de euros, pero el Consejo Europeo de 2020 lo redujo a 7.900 millones, de los cuales 2.600 millones se destinaron a proyectos de investigación y 5.300 millones al proyecto de desarrollo de capacidades.

Sesenta y cuatro años después de su creación, los Estados miembros de Europa no han delegado en la Unión Europea competencias en materia de defensa y asuntos exteriores. Esto se debe a varias razones:

- 1. El rechazo de Francia a la CED en 1954.
- 2. La incorporación en 1973 de Gran Bretaña (a la que entonces se oponía el General de Gaulle). Gran Bretaña hizo todo lo posible para impedir que Europa preparara las condiciones para depender menos de los Estados Unidos.

- 3. Tras la caída de la Unión Soviética, la precipitación con la que se llevó a cabo la integración de los Estados europeos sometidos a la dominación soviética durante 40 años, y convertidos como miembros tanto de Europa como de la OTAN con el fin de hacer retroceder a la ex-URSS hasta la frontera rusa.
- 4. La falta de voluntad de unificación por parte de los propios países europeos.

En conclusión: nada o casi nada es posible con decisiones tomadas desde la lógica de unanimidad.

De hecho, la mayoría de los Estados carecen de capacidad militar real, y menos aún de la voluntad de adquirirla. Europa parece haber perdido el sentido del uso de la fuerza y se ve perjudicada por la reciente negativa de la retaguardia social en aceptar las pérdidas de combatientes voluntarios.

LOS NUEVOS IMPERIOS

IRÁN



Antes de que Gran Bretaña impusiera su dominio en Asia, el persa se hablaba desde Samarcanda hasta Delhi. Es importante recordarlo y apreciar la profundidad de la

civilización estratégica de Persia. Víctima de la invasión rusa y británica en el siglo XIX, Irán pierde el control de territorios que eran indiscutiblemente persas (como Herat en Afganistán). En toda la región, la influencia de Irán a lo largo de los siglos, desde los aqueménidas hasta los sefevíes, ha sido considerable en términos militares, políticos y, sobre todo, culturales. Todas las oleadas de invasores procedentes de Asia Central se impregnaron de la cultura persa y la llevaron hasta el norte de la India. Además, desde principios del siglo XVI, Irán se convirtió en el centro de gravedad del chiísmo. La influencia política - y religiosa - de Irán se deja sentir hoy en Líbano, Siria, Irak, Yemen y Afganistán. El persa también se habla en Tayikistán y Afganistán (dari). Reza Shah, como Mustafá Kemal en Turquía, centralizó y modernizó el país en el periodo de entreguerras.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Irán fue objeto de la codicia soviética (e intentó crear repúblicas amigas con el Gran Azerbaiyán y la república kurda de Mahabad). Los anglosajones reaccionan llevando al poder al joven sha Pahlavi al que apoyan militarmente y que demuestra ser un aliado fiable hasta su caída (1979).

La llegada al poder del ayatolá Jomeini (1902-1989) convertido en “Guía Supremo” transforma al anterior aliado estadounidense en adversario declarado de Washington e Israel. A contrario de los Estados árabes, Teherán había reconocido el Estado de Israel y no tenía disputas territoriales con él. Irán esperaba, entre otras cosas, recuperar la simpatía de la opinión pública sunita y también presentarse como protector de los chiítas (a menudo condenados al ostracismo). La oposición de Arabia Saudita a este programa es total desde el principio. En todo caso, el activismo chiíta es evidente no sólo en el propio Irán, sino en muchos escenarios extranjeros: en Afganistán tras la intervención soviética (1979) para apoyar y organizar a los hazaras durante los años ochenta; para proporcionar apoyo en Líbano primero al partido Amar, luego sobre todo a Hezbolá quien está demostrando ser una fuerza política decisiva dentro de Líbano, pero también muy eficaz militarmente afuera (contra las fuerzas israelíes en 2006, luego en Siria contra el terrorismo islámico).

Irán frustra la agresión del Irak de Sadam Husein en los años ochenta que contó con un amplio apoyo internacional y posteriormente se opone a la pretensión estadounidense de “remodelar el Gran Medio Oriente” (2003)

(creación de la brigada Badr, etc.). A partir de 2011, la llamada “primavera árabe” permite a Teherán desempeñar un papel cada vez más importante. La ironía de la historia es que un movimiento ampliamente apoyado, si no provocado, por organizaciones próximas a los neoconservadores estadounidenses conduce a un refuerzo considerable e imprevisto del poder de Irán en toda la región.

En Siria, Irán apoya firmemente a Bashar al-Assad (alauita y por lo tanto chiíta) con una importante ayuda militar (2014) y desempeña un papel decisivo para mantenerlo en el poder. Ese mismo año, Irán apoya la rebelión houthi en Yemen para gran disgusto de Arabia Saudita, incapaz de alcanzar sus objetivos territoriales y limitándose a bombardear sin vencer políticamente.

Irán dispone de un arsenal de misiles balísticos y de crucero que han revelado su eficacia. También ha desarrollado eficaces aviones no tripulados. Teherán recurre a la guerrilla naval en el Golfo Pérsico (ataque a las instalaciones petrolíferas saudíes el 14 de septiembre de 2019). Tomó represalias tras el asesinato de Ghassem Soleimani con ataques mediante misiles balísticos contra las fuerzas estadounidenses basadas en Irak que fueron menos destructivos que disuasivos.

Decidida por Donald Trump bajo la influencia israelí, la retirada estadounidense del acuerdo nuclear de Viena (que los europeos no pudieron frenar pese a su deseo de hacerlo) en mayo de 2017 supuso un duro golpe para Irán por las sanciones que le siguieron. Al menos inicialmente. El corredor chiíta que conduce al Mediterráneo es costoso en inversiones de todo tipo. El bloqueo de los movimientos financieros y de las exportaciones de hidrocarburos paralizó inicialmente una economía iraní dependiente del exterior. Pese a las dificultades económicas y sociales que afectan a la población y provocan protestas masivas, la República Islámica, indefectiblemente nacionalista, sigue resistiendo.

En segundo lugar, se han establecido alianzas, complicidades y circuitos *de facto* permitiendo a Irán respirar. Los embargos estadounidenses, no validados por la ONU, son cada vez menos respetados por países como China y Rusia que observan el unilateralismo estadounidense y su desprecio del Estado de derecho, a pesar de promocionarlo constantemente. Bajo la presidencia de Joe Biden, pese a la presión israelí, las negociaciones con Irán se han reanudado y es probable que continúen. La economía iraní cayó bruscamente en 2018, caída precipitada además por la pandemia de coronavirus en 2020. La recesión es del

orden del 10% y la inflación es considerable (el banco central iraní cita la cifra probablemente exagerada del 40%).

En octubre de 2019, estallaron manifestaciones masivas de los mostazafin (desfavorecidos) que el régimen pretende ayudar. La caída del precio del barril de petróleo (50 dólares en 2020) y la importante desaceleración de la demanda mundial han obligado al régimen a pedir ayuda al FMI. La situación es difícil, entre la reanudación de las negociaciones, las tensiones sociales y las dificultades económicas. Sin embargo, el régimen tiene ventaja, al endurecer su postura, en no hacer concesiones más allá de las apariencias. El acuerdo realizado con China (2019) puede permitir a Irán revitalizar su economía. Pekín se comprometió en invertir cerca de 400.000 millones de dólares a lo largo de 25 años. A cambio, China recibirá aranceles preferenciales sobre el petróleo y el gas iraníes, por no mencionar el acceso al territorio iraní como parte de las Rutas de la Seda.

Mientras tanto, Israel está preocupado por los planes nucleares de Irán e intensifica sus asesinatos selectivos (el 27 de noviembre de 2020, la muerte del diseñador del

programa nuclear iraní fue la última de una serie más amplia).

En la actualidad, el régimen se mantiene unido gracias a su ala más conservadora y se está organizando para durar a toda costa. Parece que sobrevivirá pese a las considerables dificultades y la hostilidad activa de Israel.

TURQUÍA



Al igual que Irán y a diferencia de los Estados árabes, con la excepción de Egipto y Marruecos, Turquía tiene una larga tradición imperial, militar y diplomática. Moustapha Kemal (1880-1938) salvó el núcleo anatolio de su imperio del desmembramiento colonial previsto por el Tratado de Sèvres (1920). Este tratado, que no lle-

gó a aplicarse, sólo dejaba a Turquía la soberanía sobre una cuarta parte de Anatolia (con una vasta región en el suroeste bajo control italiano, un mandato en el sureste para Francia en Cilicia, un enclave griego alrededor de Esmirna y en el este el esbozo de un Estado armenio y por último, una zona kurda autónoma) trazada sobre el papel por el Presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson.

Ya que las fuerzas armadas turcas no estaban desarmadas, Moustapha Kemal inicia las hostilidades para imponer otra base territorial y gana frente a los armenios (desangrados tras las masacres de 1915-1917) y a los griegos cuyo avance se extiende hasta Esmirna que fue incendiada.

El Tratado de Lausana (1923) está sellado tras un intercambio pacífico de poblaciones: 1,2 millones de turcos se incorporan a Turquía y 600.000 griegos tienen que unirse a Grecia. La palabra “limpieza étnica” aún no había ingresado en el vocabulario diplomático. La homogeneización étnica (y religiosa) se lleva a cabo en detrimento de las minorías cristianas y sólo los kurdos, que eran musulmanes, pueden elegir entre la integración y la represión (1924).

Turquía elige el modelo de Estado-nación que en aquel momento constituye el único modelo de modernidad. Este fue el mismo camino emprendido por el Japón Meiji unos cuarenta años antes mediante una cesárea cultural exitosa, aunque la noción de laicismo no se entendía del mismo modo que en Francia.

El califato turco es abolido en 1924. Diez años más tarde, se concede el derecho de voto a las mujeres, una década antes que en Francia. Se adopta el alfabeto latino y la legislación se inspira en la de Suiza. Desde entonces, la herencia kemalista ha sido defendida por los militares, incluso mediante una serie de golpes de Estado (1960, 1971, 1980, a veces con objetivos divergentes) y por los partidos políticos.

Cuando Recep Tayyip Erdoğan, jefe del AKP, llega al poder en 2002, ya se había distinguido en la intendencia de Estambul como partidario de un retorno al Islam (fue encarcelado por ello). La primera década del AKP en el poder es un éxito indiscutible, con un crecimiento económico anual acercándose al 8%, un aumento de la inversión extranjera, la duplicación de los ingresos de la población (a veces más para determinadas categorías) y la modernización de las infraestructuras. Erdoğan triunfa con el apo-

yo de los empresarios anatolios que apuestan por las exportaciones y por el apoyo de las piadosas clases medias de origen rural.

Europa está seducida por este crecimiento abierto que aparece con un clima democrático. Es a partir de 2014 cuando el crecimiento se ralentiza, al mismo tiempo que el gobierno se muestra cada vez más inclinado a favorecer una vuelta a la tradición religiosa y a intervenir en los asuntos regionales como potencia autónoma.

Turquía ya toma partido para los palestinos (ayuda humanitaria a Gaza). El deseo de hacerse poderosa es cada vez más evidente. Los kurdos, que representan el 20% de la población, sólo tienen derecho a la integración o a la represión, y esta última es cada vez más sistemática. El PKK cometió el error de llevar la lucha armada a las ciudades kurdas que se convirtieron en una trampa donde la represión no tenía freno. Resultará designado por la comunidad internacional como organización terrorista.

En 2016, tras un intento de golpe de Estado mal coordinado, el gobierno turco de Erdoğan toma represalias con una singular brutalidad. Decenas de miles de militares y otros miembros de la sociedad son encarcelados indefinidamente. El gobierno ya era mucho menos popular

(protestas del Parque Gezi, Estambul 2016) y esto se hace brutalmente evidente en 2019 cuando el AKP pierde las elecciones en Estambul, Ankara, Antalya, etc.

En su camino, Erdoğan, quien lleva adelante una política de potencia, se inspira masivamente en el islam político de los hermanos musulmanes (refugiados en Qatar) y busca establecer su influencia en la zona que fue del Imperio Otomano (apoyo a los yihadistas en Siria, expulsión de los kurdos de Afrin, implicación en Libia donde Turquía demuestra su manejo de los drones, crisis con la OTAN a raíz de la perspectiva de compra del sistema antimisiles ruso SS-400 (incompatible con los criterios de la OTAN), fuertes tensiones en el Mediterráneo oriental por la delimitación de las aguas territoriales (2026) considerada demasiado favorable a los griegos y por último apoyo a los azerbaiyanos contra Armenia a propósito del Nagorno-Karabaj (con el apoyo decisivo de los drones turcos).

Erdoğan, a pesar de las dificultades financieras y económicas, centra todos sus esfuerzos en la modernización del ejército. Esta prioridad no impide a Turquía extender su influencia a través de sus medios de comunicación (canales de televisión, películas, periódicos). El poder blan-

do turco se está convirtiendo en una realidad. Turquía sólo es superada por los Estados Unidos en ventas mundiales de series de televisión. Sus telenovelas que evitan el cliché del “salvador americano” son muy vistas en Oriente Próximo, en los Balcanes, Europa del Este, el Magreb y Asia Central. En el mundo musulmán, Turquía sólo tiene como rivales a Arabia Saudí y Qatar.

Para dotarse de los medios necesarios para aplicar su política, Erdoğan se ha especializado en equipos navales y drones en la industria de defensa. En la próxima década, planea equipar a Turquía con seis nuevos submarinos de producción turca y un buque insignia: el buque de asalto anfibio Anadolu, el primer portadrones y helicópteros de la armada turca. Los drones turcos Bayraktar TB2 y Anka-5, de eficacia probada en Siria y Libia, así como también contra los armenios y los rusos en Ucrania.

Turquía llega incluso a oponerse frontalmente a sus aliados de la OTAN, como Francia (el 10 de junio de 2020 cuando una fragata francesa intentó sin éxito inspeccionar un carguero turco) y fue intimidada por un buque turco, último gesto antes del fuego real.

A pesar de su política independiente, Turquía sigue siendo un aliado de la OTAN (tras la compra del SS-400,

se canceló la venta de los cazabombarderos furtivos estadounidenses F-35 a Turquía). Sin embargo, la posición geográfica de Turquía es tal, y sus recursos tan considerables, que Occidente sólo puede aceptar esta libertad siempre cuando no se vuelva contra Occidente.

La ayuda militar de Turquía a Ucrania - que no es del agrado de Rusia - es muy apreciada por Washington. Sin embargo, el distanciamiento de Erdoğan de la OTAN conviene a Vladimir Putin. La ambigua alianza entre ambos hombres es a veces difícil (el 24 de noviembre de 2015 Turquía derriba un avión ruso en el norte de Siria; finalmente Erdoğan pidió disculpas). La intromisión de Turquía en el Nagorno-Karabaj no está bien recibida como tampoco lo es la entrega de armas a Ucrania (intercambio de tecnología para la fabricación de turbopropulsores, motores de aviones y misiles, sistemas de radar y enlaces por satélite). Las relaciones siguen siendo complejas pero manejables en la medida en que los dos jefes de Estado saben hasta dónde pueden llegar. Turquía compró recientemente 50 millones de vacunas rusas Sputnik-V contra la COVID-19.

En el plano simbólico, Santa Sofía volvió a transformarse en mezquita en el transcurso de una ceremonia fas-

tuosamente escenificada. El neo-otomanismo está en el horizonte de la grandeza que Turquía se esfuerza por recuperar, a costa de un retorno a la religión, presente en todas partes y utilizada como garante de la unidad nacional. Sólo se reconoce el islam sunita (hanafita). Los alevíes (que practican el chiismo mezclado con el sufismo) tienen que pasar desapercibidos.

El sueño de Turquía de encarnar el islam sunita suena para algunos desproporcionado. En este sentido, Arabia Saudita es apoyada por los Estados Unidos y se plantea como un gran rival. Irán es un competidor, Rusia un aliado circunstancial con geometría variable. China no aprecia el apoyo de Turquía a los uigures y es probable que Turquía haya discretamente implementado la extradición de uigures a China.

Europa no se atreve a enfrentarse frontalmente a Turquía que la chantajea con los millones de refugiados que aceptó contener a cambio de miles de millones de euros negociados por Angela Merkel. Esta actitud era impensable hace quince años. De hecho, Alemania cuenta con una fuerte presencia turca pro-Erdoğan y, hace unos años en Alemania ante una multitud de turcos en presencia de An-

gela Merkel, Recep Tayyip Erdoğan declaró que “la integración es un crimen contra la humanidad”.

La disputa marítima sobre la redefinición de las aguas territoriales en el Mediterráneo oriental es sin duda la cuestión más delicada. Recep Tayyip Erdoğan lo intuyó y no buscó una confrontación que llevara a los extremos. En la última década, se han descubierto importantes recursos de gas natural. Estas zonas se disputan con Grecia (apoyada por Europa). Turquía carece de recursos naturales y es imperativo asegurar su capacidad marítima en los próximos años para presentarse como un desafío al que Europa tenderá a no enfrentarse.

La recesión es un hecho y la depreciación de la lira turca es fuerte (la gestión de las finanzas por Erdoğan ha sido desastrosa). El desempleo aumentó sustancialmente (14%) y el turismo, tan importante para ingresar divisas, se ha ralentizado considerablemente. El AKP ya sólo representa a una fracción de la opinión pública. La clase media se está empobreciendo y considera perjudicial la política exterior del Presidente. La inflación es de dos cifras (11% en 2020), pero una parte de la población está contenta con el nuevo poder que va borrando el sentimiento de humillación.

Todo depende de la capacidad de Recep Tayyip Erdoğan para renovar su elección (cumplido en 2023) y resolver, al menos en parte, la crisis económica.

LA RUSIA DE PUTIN



En los años 1990, la desintegración de la potencia soviética, causada por las políticas del binomio Reagan-Thatcher, por la impotencia de Mijaíl Gorbachov y el conservadurismo de la burocracia soviética, sumió a Rusia en una profunda crisis política, económica y social. Para millones de ciudadanos soviéticos, la miseria siguió el paso a la liberalización de la economía y se fue identificando a una insolente dominación estadounidense.

Durante esta década, la potencia estadounidense parece omnipotente. Los neoconservadores estadounidenses preparan un “nuevo siglo americano” (1997). Zbigniew Brzezinski, el más realista de los politólogos estadounidenses en su libro de 1997 *El Gran Tablero mundial*, indica que si se quiere prolongar la supremacía de los Estados Unidos, es necesario impedir que ningún Estado o grupo de Estados se convirtiera en hegemónico sobre la masa euroasiática.

Europa no debe construirse contra los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética debe retroceder hasta las fronteras de Rusia. En este sentido, Ucrania aparece como esencial con sus 50 millones de eslavos. Sin ella, Rusia deja de ser una potencia mundial para convertirse en una mera potencia regional. De ahí las revoluciones de colores destinadas a romper el antiguo Imperio. En 2004, el intento fracasa en Ucrania. Pero un segundo intento tiene éxito unos años más tarde. Hemos asistido al paso de la contención (*containment*) al retroceso que el ex-secretario de Estado Foster Dulles soñaba sin lograr implementarlo. Brzezinski añade que probablemente China tardaría un cuarto de siglo en convertirse en una verdadera potencia y que no hay necesidad de antagonizarla más,

afirmando que es el adversario del futuro si no el rival por excelencia.

Sin proclamarlo, los años noventa fueron la década en la que Estados Unidos debilitaron sistemáticamente a Rusia y dominaron en la medida de lo posible sus sectores económicos, incluidos los hidrocarburos. Los compromisos formales contraídos por James Baker con Mijaíl Gorbachov bajo el mandato de George Bush, asegurando que la OTAN nunca se establecería en las proximidades de Rusia, no se cumplieron. No se olvidará esta traición a los compromisos esenciales.

La crisis económica de aquellos años, agravada por la caída del rublo (1997), suscita un fuerte sentimiento de decadencia, cuando no de desintegración, contra el cual el Vladimir Putin protesta y construye su popularidad inicial. Putin consigue reforzar un poderoso nacionalismo y un sentimiento de grandeza heredados del vasto territorio y de la historia del país. Se estrechan lazos con las antiguas repúblicas soviéticas (creación de la CEI que agrupa a once Estados) y se elimina la intromisión estadounidense con bases militares en Asia Central. Durante todo este periodo, desde finales del siglo pasado en adelante, Europa sigue las iniciativas estadounidenses destinadas a debi-

litar el potencial de Rusia. No se hace ningún esfuerzo concertado para vincular a Rusia con Europa. ¿Era posible? En todo caso, no se intentó. En este asunto, Europa ha seguido la política estadounidense de ampliar el alcance de la OTAN (al menos esa es la percepción rusa).

Rusia aún recuerda vívidamente el caos del periodo de Boris Yeltsin y la pérdida de influencia de Rusia, los fracasos militares de la primera guerra de Chechenia (1994-1996) y el considerable enriquecimiento de los oligarcas a medida que se privatizaban los principales sectores energéticos (a menudo en beneficio de los Estados Unidos).

Vladimir Putin aparta o destituye a los oligarcas del periodo de Yeltsin y aplica un control sobre los grandes grupos energéticos (Gasprom, Lukoizy, Rosnef, Transnef). Las revoluciones de colores fomentadas por las ONG, que poco tenían que ver con cuestiones no gubernamentales (Georgia 2003, Ucrania 2004, Kirguistán), son frustradas.

En 2008, Rusia demuestra sin ambigüedades quién controla el Transcáucaso cuando Mijeíl Saakashvili en Georgia intenta romper con Moscú (sobreestimando el apoyo que puede obtener de los Estados Unidos). La muy

brutal reducción de los chechenos no tiene otro motivo que demostrar quién domina el Cáucaso.

A principios de la década de 2010, la subida del precio del petróleo es una bendición para la economía rusa que depende en gran medida de la comercialización de sus hidrocarburos (lo que la hace vulnerable a las caídas de los precios o de la demanda).

En Medio Oriente, Rusia apoya desde el principio al régimen de Bashar al-Assad en Siria y logra mantenerlo en el poder a pesar de la proliferación de organizaciones yihadistas. Esta mayor presencia en el corazón del mundo árabe-musulmán lleva a Rusia a desempeñar un papel que permite a Turquía recuperar su libertad de acción, distanciándose de la OTAN, sin por ello abandonar su pertenencia a ella. La oferta turca de ayuda militar a Ucrania (incluida la entrega de drones) es sólo una ilustración de la compleja relación entre Recep Tayyip Erdoğan y Vladimir Putin. Las relaciones de Rusia con Irán también son complejas.

En Libia, Rusia no tiene los mismos intereses que Turquía (OTAN) y más recientemente el apoyo abierto a Azerbaiyán hace enfrentar, hasta cierto punto, a Rusia con Turquía. En este asunto, los armenios se ven supera-

dos por su falta de lucidez política y Rusia, al intervenir poco antes de la caída anunciada de todo el sistema armenio (Stepanakert) y al ocupar militarmente parte del Nagorno-Karabaj, sigue sujetando a Azerbaiyán impidiéndole alcanzar la victoria total. En esta región, Rusia sigue siendo el árbitro y Turquía sabe hasta dónde puede llegar.

La relación de Moscú con Turquía es ambigua. Ambas partes colaboran para reducir la influencia estadounidense en el Próximo Oriente. En los últimos años, Rusia debilitó su apoyo a los talibanes, sus antiguos adversarios, en pos de debilitar la posición estadounidense.

Con China, las relaciones son aparentemente cordiales. Pero ambas partes son llenas de segundas intenciones como lo han sido desde los años veinte y el fracaso de las insurrecciones comunistas. China es el primer socio económico de Rusia, mientras que esta última es sólo la décima parte de Pekín, ampliamente distanciado por la Unión Europea. A pesar de su activismo militar y diplomático, Rusia se sigue manteniendo como una potencia económicamente frágil (demasiado dependiente de la venta de hidrocarburos), marcada por profundas desigualdades sociales y infraestructuras ruinosas. Mucho ha sido

dedicado a las capacidades militares y a la ciberdefensa, o más bien al uso desestabilizador de los medios cibernéticos y otros medios de influencia y manipulación.

Genio táctico, Vladimir Putin realiza con recursos globales limitados una política considerable de presencia militar y de influencia (abierta o indirecta).

Rusia posee el 10% de las reservas mundiales de petróleo y más del 20% de las de gas. Suministra a Europa el 40% de sus importaciones de gas y más del 30% de las de petróleo. Por otra parte, casi la mitad de los recursos fiscales de Rusia dependen del nivel de sus exportaciones energéticas.

El reciente aumento de los ingresos del petróleo debilita la ya muy desigual sociedad rusa. En los últimos años, se han oído voces disidentes - sobre todo en Siberia - y el Gobierno intentó deshacerse de Alexei Navalny (2020). Pero Vladimir Putin ha conseguido garantizar su preva- lencia política durante casi veinte años (por lo menos en el papel). Por el momento, es insustituible. El resultado de la guerra contra Ucrania y el golpe a la OTAN sigue incierto. Algunos consideran que se acelera el proceso de inclinación del mundo hacia Eurasia, mientras otros lo denuncian como un grave error estratégico. Desde febre-

ro 2022, este error ha quedado manifiesto (fortalecimiento de la OTAN, derrota del proyecto de cambio de régimen en Kiev, despertar del nacionalismo ucraniano, repliegue del ataque militar hacia el Donbas).



CHINA



El observador realista sólo puede constatar que al no ceder ante las manifestaciones de Tiananmen (1989) el régimen chino ha evitado un destino sin duda similar al de Mijaíl Gorbachov en la URSS. Tal vez convendría, en

los análisis y como hemos intentado hacerlo aquí con Rusia, comprender - lo que no significa compartir - las percepciones del adversario y su relación con su propia seguridad y sus ambiciones.

China es consciente de su grandeza desde hace más de dos milenios, si no más desde el Primer Emperador Qin Shi Huangdi. También tiene recuerdos vivos del “Siglo de la Humillación” (1839-1949) durante el cual el poder de los Qin se derrumbó gradualmente con las dos Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860) seguidas de la intervención de las potencias occidentales durante la Rebelión de los Bóxers a principios del siglo XX (saqueo del Palacio de Verano), la cesión de la isla de Hong Kong a Gran Bretaña y la firma de los “tratados desiguales”. Hubo un tiempo en que China no ejercía soberanía sobre sus puertos más importantes que estaban gobernados por extranjeros. Después, el Japón de la era “Meiji” sucedió a la dominación europea con una brutalidad sideral (Nankín, 1937).

La humillación, un sentimiento que los Estados Unidos han tenido la suerte de no experimentar, forma parte del legado histórico reciente de China. Para ella como para

Japón y otros tantos, el peligro blanco es una realidad de la historia reciente.

Mao Zedong (1893-1976) fue el hombre que desde el punto de vista de la estrategia global de la guerra de liberación, mejor supo encontrar la fórmula para pasar de las guerrillas a la guerra revolucionaria en pos de conquistar el poder. Su gestión política fue errática (Gran Salto Adelante, 1958-1960) y tuvo efectos catastróficos (Revolución Cultural, 1966-1976).

Su sucesor, Deng Xiaoping, es el brillante artífice de la recuperación de China a partir de 1978, cuando inicia las reformas estructurales del mercado cuyo impacto determinará las décadas siguientes. En 1978, China representaba menos del 1% del comercio internacional. Cuarenta años después, China se convierte en la “fábrica del mundo”. Semejante auge no tiene parangón en la historia económica moderna.

Segunda economía mundial desde 2010, segundo mayor presupuesto militar del mundo desde 2012, China disfrutó de un crecimiento económico de dos dígitos durante más de 20 años, sin bajar nunca del 6% o el 7%, un resultado que ninguna otra democracia ha logrado en mucho tiempo.

En 2009, China ingresó en la Organización Mundial del Comercio (OMC) y multiplicó por diez sus exportaciones. En 2018, el volumen de comercio exterior de China superó los 4.6 billones de dólares, lo que la convierte en el mayor exportador y el segundo importador del mundo por detrás de los Estados Unidos.

El ascenso de China debe mucho a la lúcida sabiduría de Deng Xiaoping quien impulsó un crecimiento económico acelerado sugiriendo al mismo tiempo que China debía “esconder sus recursos y tomarse su tiempo”. Cuando la crisis financiera de 2007-2009 golpea duramente a los Estados Unidos, China comienza a aumentar su poder de forma más activa. A partir de 2012, la llegada de Xi Jinping al poder lleva al país a adquirir considerables recursos militares y a lanzar la Iniciativa de la Franja y la Ruta.

Entretanto, China logra crear sus propias instituciones, tales como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras y el Banco Asiático de Desarrollo, que agrupan a 57 países (pero no a los Estados Unidos ni a Japón). Tras haber esperado la democratización mediante la apertura del mercado mundial (Clinton), los Estados Unidos tuvieron que admitir que este nuevo competidor era ahora un ad-

versario, encarnado por el advenimiento de Xi Jinping (2012) a la cabeza del Partido Comunista, del ejército y de la República Popular China. El poder de China fue creciendo y se ha vuelto más autoritario, un fenómeno clásico que decepcionará a quienes creen que las relaciones internacionales no se basan en las correlaciones de fuerza y la coerción.

¿Qué quiere China? ¿Qué puede hacer China?

Según la proclamación oficial del régimen, China aspira a ser la primera potencia mundial para la fecha del aniversario de 2049. ¿Puede alcanzarse este objetivo? ¿Cuáles son los obstáculos a este proyecto, tanto internos como externos?

En la actualidad, las autoridades chinas mantienen un férreo control de la población, con especial rigor reservado a los uigures y en menor medida a los no hans (tibetanos o mongoles, etc.). En 2018, una reforma abolió el artículo 66 de la Constitución, planteando un límite de dos mandatos sucesivos para el ejercicio del presidente. El objetivo era consolidar el poder de Xi Jinping a largo plazo. Hong Kong, que en virtud de los acuerdos anglo-chinos debía permanecer fuera de la administración china hasta 2047 se ve ahora obligado a someterse al dictado

chino, sea cual sea su voluntad. Taiwán sabe que está amenazada, aunque los Estados Unidos hayan declarado que garantiza su seguridad.

China también reclama las islas japonesas Senkaku, las Paracel y las Spratly en el mar de China (a pesar de la oposición de Vietnam y de Filipinas). La disputa fronteriza en Ladakh con India, su rival en Asia, sigue sin resolverse. La Iniciativa *Belt and Road* está tejiendo una red marítima y ferroviaria que conecta China con Europa, Oriente Medio, África, el sur del Sáhara e incluso Latinoamérica. Se han creado enlaces portuarios y no portuarios. Gwadar (Pakistán), Hambantota (Sri Lanka), Port Said (Egipto), El Pireo (Grecia), Tánger (Marruecos) y Walvis Bay (Namibia) configuran una red de grandes rutas marítimas y permiten aprovechar los recursos energéticos de los países socios y fomentar al mismo tiempo transferencias de tecnología.

Cerca de 65 países han suscrito a este programa, entre ellos 20 países africanos que representan casi el 75% de las reservas energéticas. Anuncia la mayor unión comercial del mundo, una unión esencialmente terrestre de la que los Estados Unidos están excluidos. China está desesperada por lograr la independencia energética y reforzar

su control sobre las principales cadenas de suministro del mundo.

¿No tiende este sistema a privar a ciertos países de sus recursos naturales? Pero ¿disponen esos países de los medios para desarrollar por sí mismos esos recursos a gran escala? ¿Tienen alguna otra opción?

La pandemia fue una oportunidad para que China mostrara su capacidad de organización y al mismo tiempo su gran opacidad. De todos modos, la Unión Europea se alarmó por su dependencia de la producción china ya que la deslocalización ha demostrado sus consecuencias negativas. Según Pekín, la batalla de la COVID-19 ha sido ganada. No obstante, la pandemia ha permitido ocultar un declive relativo de la economía china. El crecimiento no es más la tasa a dos dígitos de los años anteriores. Varios fenómenos traen a la superficie las tensiones internas: crisis financiera vinculada al sector inmobiliario con Evergrande, reacción de la población al peso del control social, freno a la iniciativa de la Franja y la Ruta, etc.

Las relaciones sino-estadounidenses son tensas y Washington trata de estrechar sus alianzas con todos aquellos que temen una China con tendencias hegemónicas. Taiwán representa un serio punto de tensión. Los Estados

Unidos, junto con sus aliados India, Corea del Sur e Indonesia (por no hablar de Japón), pretenden oponerse a las reivindicaciones (consideradas legítimas por Pekín) en el mar de China Meridional e intensifican las maniobras militares (con la presencia de dos portaaviones).

Puede ser sobrestimada la influencia de los Estados Unidos al pedir a varios países de Asia Oriental que se opongan abiertamente a China. En el sudeste asiático, muchos países se alinean detrás de los Estados Unidos por su seguridad pero tratan lógicamente con Pekín por su prosperidad.

Nos guste o no, China se está convirtiendo en la economía dominante, sobre todo en esta zona y ya superado a los Estados Unidos en términos comerciales.

Otros focos de tensión son importantes. India, rival demográfico y económica, mantiene una disputa con China por el Ladakh (1962) donde las escaramuzas aumentaron en 2020. India está preocupada por las relaciones de China con Pakistán, su gran rival que tanto hizo por expulsar a los estadounidenses de Afganistán.

Nepal, frontera natural entre India y China, está doblemente solicitado. Los Estados Unidos quieren establecer allí una base militar. Pekín cuenta con su asociación con

Pakistán para contrarrestar a India y la influencia estadounidense. El proyecto del corredor China-Pakistán es un eje de las nuevas Rutas de la Seda que une Kashgar (Xinjiang) con el puerto de Gwadar (Pakistán), no lejos de la frontera iraní donde China firmó en 2019 el “Lion- Dragon Deal” (es decir, 40.000 millones de dólares de inversión en 25 años) en pos de extender su influencia desde el “Reino del Medio”.

Después de haber esperado una democratización a través del mercado y luego de haber tenido la sensación de que se produciría una implosión interna, hoy se piensa generalmente que el envejecimiento (acelerado por la decisión de limitar los nacimientos a un hijo por familia) planteará serios problemas a China en un futuro próximo. Se olvida tal vez que en la actualidad la jubilación está fijada a los 55 años para las mujeres y a los 60 para los hombres. Nada impide retrasar este plazo de 10 años y para empezar de 5 años, como se hizo en Europa. También se insiste en las disparidades sociales y las desigualdades entre regiones. El mismo comentario podría hacerse sobre los Estados Unidos (no todos los países industrializados son tan afortunados como Noruega con su confort social garantizado en gran medida por los ingresos del petróleo y su fondo soberano).

Algo interesante para resaltar: en el pasado, el régimen soviético no permitía a sus habitantes abandonar la URSS porque no querían volver, mientras que los chinos salen en masa para consumir lo que no encuentran en su país y volver libremente a China.

Demográficamente, India debería superar a China en unas décadas, pero no económicamente. Tras sus éxitos contra Pakistán (1948, 1965, 1971), India disfruta de un periodo de crecimiento significativo y sus élites son numerosas y exitosas, sobre todo en el sector científico. Pero el partido de Narendra Modi, el BJP, se moviliza cada vez más contra los musulmanes de la India. La política interior de Modi es abiertamente antimusulmana como lo demuestra su ofensiva hacia Cachemira.

Nehru, en su tiempo, prohibió a los indios establecerse en Cachemira, una decisión muy democrática que no fue la que practicó, entre otros, China en Xinjiang. Esto no impidió que Pakistán ayudara a todos aquellos que en Cachemira querían un cambio de estatus, inclusive a respaldarlos con tropas pakistaníes. A la larga, la situación se volvió en contra de los cachemires cuando Narendra Modi decidió cambiar el estatus democrático del país.

Mientras tanto, India sigue desarrollando su armada y no deja de acercarse a los Estados Unidos que está encantado de que lo haga. Junto con Japón e Indonesia y más al sur con Australia, los Estados Unidos están tejiendo su política de contención. En el sudeste asiático, mientras Camboya está bajo la influencia china, Vietnam se colocó desde hace tiempo del lado de los Estados Unidos.

Faltan poco menos de treinta años para la fecha simbólica de 2049, el espacio de una generación. Nadie puede decir con certeza adónde conducirá la competición de China por imponer su hegemonía.

Europa, que no es unánime, sigue manteniendo fructíferos intercambios con China que no tiene intención de interrumpir ni reducir. Es interesante observar que en 2019 la ASEAN destronó a la Unión Europea como primer socio comercial de China. Junto con el mar de China Meridional, se trata del principal terreno de caza de China. Como de costumbre, la Unión Europea avanza dispersa: Hungría, Grecia y en menor medida Italia, son sensibles a los avances de China. Otros los seguirán dadas las ventajas que ofrece Pekín. Francia y el norte de Europa Occidental pretenden mantenerse distancia de una ayuda de doble filo.

LOS ESTADOS UNIDOS



La hegemonía estadounidense ya no es lo que era. Pero sigue siendo un hecho. Los Estados Unidos tienen una autonomía energética gracias a la explotación del gas de esquisto y su sector de alta tecnología sigue sin tener rival. Las diez mayores empresas del mundo son estadounidenses e incluyen a las “GAFAMs” (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft). En la última década,

hasta 2020, los Estados Unidos crecieron en torno al 2,3% a pesar de la crisis de la pandemia. Esta vitalidad, vinculada a una serie de factores que configuraron su formación (espíritu protestante, virtudes pioneras, vasto territorio e inmigración masiva decidida a triunfar, etc.), tiene sus contrapartidas.

Las desigualdades sociales (y raciales) son profundas, las infraestructuras deficientes y el sistema sanitario ruinoso (pese a las medidas esbozadas por Barak Obama). Las tensiones entre comunidades se han exacerbado y la intolerancia se está generalizando en los distintos sectores internos, aunque el patriotismo estadounidense sigue siendo fundamental.

Los Estados Unidos salieron victorioso de la Segunda Guerra Mundial habiendo pagado un precio modesto. En aquella época, producían el 40% de los bienes mundiales y su modelo y su transcripción cultural y lingüística invadieron gran parte del mundo. A pesar del fracaso en Vietnam (1965-1975), los Estados Unidos se impusieron en la competencia con la URSS. Los años 90 del siglo pasado representaron el cenit de la hegemonía estadounidense

tras lo cual Washington se dejó engañar por un sentimiento de omnipotencia.

A partir de 2003-2004, Washington adoptó una serie de iniciativas y compromisos intempestivos prescindiendo el apoyo de la ONU, demostrando así que actuaba a su antojo. En Siria, los Estados Unidos fueron incapaz de imponer nada. En Irak, la situación benefició a su adversario iraní y en Afganistán la guerra se prolongó en beneficio de Pakistán. Aunque el número de bajas militares es modesto (7.000 soldados entre Afganistán e Irak), el costo financiero de estas guerras es fenomenal: según el premio Nobel Joseph Stiglitz, la guerra de Irak costó 3 billones de dólares y la guerra de Afganistán (2019) costará casi un tercio de esa cantidad.

Si bien la presidencia de Donald Trump tuvo el mérito de demostrar que las relaciones internacionales se basan en relaciones de poder que van más allá de las declaraciones, también debilitó los vínculos entre los Estados Unidos y Europa, poniendo en entredicho el acuerdo firmado entre Irán, los Estados Unidos y los países europeos (2018). Mientras tanto, la inesperada retirada de contingentes estadounidenses en detrimento de los aliados kurdos en Siria contra el Estado Islámico y en beneficio de

Turquía planteó la cuestión de la fiabilidad del apoyo estadounidense. ¿Cuál es entonces el valor de las alianzas que comprometen a los Estados Unidos en la medida en que parecen servir a sus intereses inmediatos?

Hoy, con China, el sector aeronáutico y la producción de soja son dos de las principales exportaciones estadounidenses. China depende de los materiales estadounidenses, incluidos los microprocesadores para sus nuevas tecnologías. China está trabajando para desacoplar ambas economías, al menos en lo que respecta a la tecnología. En el comercio, China mantiene una ventaja en las negociaciones gracias a su superávit comercial.

Las consecuencias económicas de la pandemia son importantes en los Estados Unidos en términos sociales. El sistema sanitario estadounidense no fue capaz de hacer frente a una crisis sanitaria de esta magnitud. China lo está transitando mejor. En 2020, 26.5 millones de estadounidenses estaban registrados como desempleados (casi el 15%). El gobierno federal ha tenido que multiplicar sus planes de apoyo y ayuda económica. La fractura social es particularmente aguda, unida a una serie de catástrofes climáticas: inundaciones e incendios forestales que cubren millones de hectáreas y huracanes. Estos fenómenos

han afectado a un tercio de la población estadounidense que vive en las costas: 2 millones de hectáreas quemadas en 2020 desde California hasta el Estado de Washington.

Sin embargo, las instituciones americanas son sólidas y el dinamismo americano permanece intacto. Es cierto que la sociedad estadounidense experimentó graves tensiones durante los años de Trump, pero la victoria de Joe Biden ha vuelto a barajar las cartas. Se ha producido una vuelta al multilateralismo, un modelo social más inclusivo y protector, y una mayor diversidad política (la vicepresidenta Kamala Harris es la primera mujer de color que ocupa este cargo), igual para la Ministra del Interior, una amerindia.

Los Estados Unidos están reforzando sus lazos con su aliado en la región Asia-Pacífico para contener en lo posible las ambiciones territoriales chinas. Tienen mucho a su favor para conservar el primer puesto. Pero es precisamente el reto más difícil al que se ha enfrentado nunca.

EUROPA EN DESCENSO

Para evaluar la situación de la Unión europea, hay que comprobar en primer lugar, 60 años después de su existencia oficial, que la integración que tuvo un mal comienzo con el rechazo de la CED (1954) volvió a ser rechazada por Francia y los Países Bajos en el referéndum de 2005 sobre la Constitución Europea y más recientemente por la ruptura de Gran Bretaña (2016).

Desde entonces, la Unión Europea avanza en un estado de ingravidez democrática: si se sometieran a referéndum, la mayoría de las opciones de la Unión serían rechazadas por el electorado. Europa sufre una multiplicidad de crisis: económica, social, migratoria, etc. El populismo y los movimientos de extrema derecha están en alza (Alemania, Francia, Italia, etc.). En todo caso, el futuro será duro. La pandemia de COVID-19, combinada con la crisis económica, puso de manifiesto el carácter disfuncional de los Estados europeos, su engorrosa burocracia y los obstáculos a su capacidad de adaptación. Al final, sin

embargo, la ayuda funcionó (España, Italia) y la población estuvo mejor protegida que en los Estados Unidos. Europa parece desconcertada y zarandeada por las corrientes opuestas de la competencia mundial entre los Estados Unidos y China, por no hablar de los efectos directos o indirectos de los Estados perturbadores como Rusia y Turquía.

Es difícil imaginar que hace apenas un siglo, en 1920, tras la Primera Guerra Mundial, Europa dominaba políticamente el mundo afroasiático, con la excepción de Japón. Fue sin duda un respiro hasta que Europa saliera de la gran historia tras la Segunda Guerra Mundial.

Los “padres fundadores” del núcleo original de Europa, conscientes de que en los siglos posteriores al Tratado de Westfalia (1648) los Estados europeos se habían vuelto cada vez más antagónicos entre sí, trataron de romper con el nacionalismo suicida y crearon una arquitectura política basada en intereses económicos comunes. Esbozado en 1948, el primer organismo europeo se llamó “Organización para la Cooperación Económica Europea”, matriz de la OCDE y preludio de su Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951) y de la Comunidad Económica Europea (1957).



Sin embargo, desde el principio no hubo puesta en común de recursos militares ya que Francia rechazó la creación de la Comunidad Europea de Defensa (1954).

Durante la Guerra Fría, la seguridad en Europa Occidental era responsabilidad de los Estados Unidos. Setenta y cinco años después, sigue siendo así con la diferencia de que Europa Oriental ya no está bajo el control de la URSS sino que en su mayor parte forma parte de la OTAN.

Las fases de ampliación se sucedieron entre 1969 y 1985. El Tratado de Maastricht creó la Unión Europea de doce países y un mercado único (1992).

Tras el colapso de la URSS, otros trece países se convirtieron en miembros de la Unión europea entre 1995 y 2004. Pero la Constitución Europea propuesta en el referéndum de 2005 no fue aprobada. Hay una grave falta de cohesión política. Existen diferentes percepciones de las amenazas y de las responsabilidades históricas, por ejemplo en Polonia y los Estados bálticos. Además, más allá de las percepciones, la división entre los países del norte y del sur de Europa es un hecho.

El nivel de deuda pública (2020) y su disparidad entre el Norte y el Sur hablan por sí solos:

Deuda pública en porcentaje del PIB (2020)				
Grecia	Italia	Portugal	Francia	España
200	154,2	130,8	116,5	114,1
Austria	Alemania	Finlandia	Países Bajos	Suecia
79,1	70	66,9	55,2	38,4

En términos de desempleo, España, Grecia e Italia - sobre todo en lo que respecta al desempleo entre los menores de 25 años - superan el 30% (Francia el 22%). Austria, Alemania y los Países Bajos superan el 10%.

En cuanto a la educación, la tasa de jóvenes sin calificación es especialmente baja en España, Italia y Portugal. La proporción de inversión dedicada a la investigación y el desarrollo es particularmente baja en Italia (1,45), Portugal (1,100), Grecia (1,27) y España (1,25).

Francia se sitúa alrededor de 2,19% en 2020, mientras que Alemania, Austria y Suecia superan el 3%, una puntuación a la que se acerca Finlandia con un 2,80%.

Pero la cosa empeora. La participación de la industria en el PIB de cada país muestra un preocupante declive industrial, y en este sentido, Francia es especialmente preocupante (2020).

Alemania	Austria	Finlandia	Italia	Suecia
24	21,7	20,5	19	18,2
Portugal	España	Países Bajos	Francia	Grecia
17	16	15	13	12

En varios sectores esenciales para la población, la Unión Europea es totalmente dependiente de otros continentes, en particular de China y de los Estados Unidos.

Estas disparidades y retrasos se ven agravados en el ámbito militar (como es el caso de Francia) por la complejidad tecnocrática de las iniciativas europeas, a pesar de que la Unión está lejos de gobernar todas las decisiones políticas adoptadas por los Estados miembros. Evi-

dentamente, el Tratado de Lisboa (2009), que dotó a la Unión de un servicio diplomático y de un representante para los asuntos exteriores y la política europea de seguridad y defensa, sigue siendo una asignatura pendiente, pero sin expresión de voluntad.

Al margen de Francia, Grecia (obsesionada con Turquía) y Estonia (preocupada por su vecino ruso al igual que algunos de los países de la llamada “Europa del Este”), ningún país europeo gasta más del 2% del PIB en defensa. Mientras que los Estados Unidos gastaron casi 650.000 millones de dólares (2018), los 27 estados europeos que juntos representan una economía mucho mayor gastaron solo 280.000 millones. Es difícil ver cómo en estas condiciones Europa podría distanciarse de la protección estadounidense sin exponerse peligrosamente.

No parece probable que se alcance el consenso necesario para superar la impotencia actual que condena a Europa a seguir dependiendo de los Estados Unidos. No existe una soberanía europea, ni un sistema de defensa europeo. Cada nación está comprometida con su propia diplomacia y defensa, según objetivos y modalidades que la historia, las tradiciones y las singularidades de cada una mantienen profundamente diferentes. No es seguro que los in-

tentos de unificarlas reforzaría una Unión Europea cuyos objetivos están inciertos y muy alejados del realismo estratégico.

Cada Estado europeo, miembro o no de la Unión, intentará, de forma conservadora y quizá agresiva, hacer frente a sus propios problemas. Europa no tiene ni la voluntad de volver a ser una potencia, ni siquiera el deseo de cambiar su estatus. La degradación está en marcha.